



La hystoria de la reyna  
Sevilla. Ahora nue  
uamente im  
pressa.

M. D. Lj.



## CAPITULO PRIMERO

DE CÓMO VINO UN ENANO MUY FIERO A LA CORTE DEL REY CARLO MAGNO, Y EL REY LO RESCIBIÓ POR SUYO.

**E**N el tiempo que el Rey **Carlo Magno** reinó en **Francia**, aconteció que haciendo una gran fiesta en el monesterio de **San Leonís de Francia**, estaban en un palacio con él muchos hombres, y la Reina su mujer, que estaba cerca dél, muy noble dueña y mesurada a maravilla; entonces llegó ahí un enano, caballero en un caballo mucho andador, y descendió y paróse ante el Rey. El enano era la más fea cosa del mundo; el cual era negro, y la cara muy fea y muy mala, y los ojos pequeños engordidos, y los brazos gordos, y la cabeza grande, y los cabellos crespos, y los brazos y piernas vellosas como oso, y los pies, galindos y resquebrajados, engordidos. Tal era la hechura del enano, como os digo, y comenzó a dar muy grandes voces en su lenguaje. E dixo:

—Dios salve al Rey y a la Reina su mujer, y a sus vasallos.

Y dixo el Rey:

—Amigo, bien seáis venido; mucho me place con vos y hacer os he mucho bien, si conmigo quisieredes vivir.

Dixo el enano:

—Grandes mercedes: yo vos serviré a toda vuestra voluntad.

Y entonces se asentó el enano cabe el Rey. Mas Dios le confunda; ca muchos caballeros fueron por él muertos y quebrantados. Y la Reina **Sevilla** juzgada a muerte, y parte de **Francia** destruída, así como adelante oiréis, por aquel enano; y toda aquella noche hicieron gran fiesta en el monesterio, y otro día mañana despidiéronse cada uno del Rey, y el Rey se fué a **París**, que es una legua, a holgar con su mujer la Reina, la cual amaba mucho.

## CAPITULO II

DE CÓMO EL ENANO REQUIRIÓ DE AMORES A LA REINA **SEVILLA**, Y ELLA DE UNA PUÑADA LE QUEBRÓ TRES DIENTES.

**U**N día se levantó el Rey muy de mañana, y mandó que todos se aderezasen para ir a monte, por haber favor de sí; todos hicieron su mandado y aparejaron todo lo que habían menester para la caza; y cuando el Rey cabalgó para

ir a monte, levantaron un ciervo muy grande, y soltaron los perros, y el Rey en pos dél corrió todo el día por las sierras y montes. E después que el Rey salió de su cámara, quedó la Reina **Sevilla** en su cama, durmiendo tan fuertemente que parecía que en toda la noche no había dormido; y todas las doncellas se salieron fuera y dexaron a la Reina sola, y quedó la puerta abierta, y fueron a una fuente muy buena que nascía en la huerta y laváronse las caras y las manos, y después comenzaron de coger rosas y flores para sus guirnaldas, según era costumbre de la tierra. E [a] la Reina, que yacía durmiendo sola y sin guarda alguna, vino el enano, que Dios confunda, y entró dentro en la cámara y no vido a nadie dentro; y cató por toda parte y vido a la Reina que yacía durmiendo en su cama, que parecía la más hermosa cosa del mundo; y llegóse a ella y comenzóle de parar mientes, y después que la hubo mirado, dixo:

—En buen punto fuera nascido quien de ti pudiese haber su placer.

Y llegóse más a la cama y dixo que, aunque le matasen, que la besaría. Y entonces se abaxó a ella; mas luego despertó la Reina **Sevilla**, que mucho había dormido. Y comenzó de se limpiar los ojos, y comenzó a mirar por la cámara y no vido a ninguno, sino el enano que bien llegado estaba a ella. Y dixo la Reina:

—¿Quién eres tú, o quién te mandó aquí entrar? Mucho eres atrevido.

Y dixo el enano:

—Señora, si el vuestro amor no he, muerto soy; habed de mí duelo y piedad, y haré cuanto mandáredes.

Y la Reina lo oyó muy bien, empero la sangre en el cuerpo se le revolvió y apretó el puño, y mesurólo muy bien, y dióle una grande puñada que le quebró tres dientes de la boca. Y el enano comenzóle a pedir merced, y cuando lo dexó, comenzó a huir por la puerta, la mano en la boca, por los dientes que había menos, jurando y diciendo entre sí que en mal punto aquello la Reina heciera; y que si él pudiese, que lo compraría muy caro.

Y a hora de vísperas vino el Rey de caza con sus monteros, y traxeron un grande ciervo, y el Rey asentóse a la mesa, y demandó por su enano como solía; y fuéronlo a buscar y traxéronlo; y asentóse cabe el Rey, su mano en la boca y la cabeza abaxada, dixo el Rey:

—¿Quién te hirió que mal herido estás? Dime quién te hirió, y hacerte he muy buen derecho.

—Señor—dijo el enano—, así me valga Dios; caí de un poyo y heríme muy mal.

Y entonces dixo el Rey:

—Pues si a ti te pesa, a mí también.

Y después que el Rey comió, las mesas fueron alzadas. Y cuando el Rey vido la noche, fuese a su cámara, echóse con la Reina, que mucho lo amaba.

### CAPITULO III

DE LA TRAICIÓN QUE PENSÓ Y HIZO EL ENANO PARA VEN-  
GARSE DE LA REINA.

AHORA oíd qué fué a pensar el traidor del enano, que Dios maldiga; que nunca tal hombre pensó como aquél penso contra la Reina Sevilla aquella noche; que luego entró en la cámara escondidamente y fuese a meter detrás de la cortina, y estuvo tan quedo, que el Rey no lo supo; y después que él se echó con su mujer, salieron de la cámara aquellos que habían de guardar, y cerraron la puerta: y el Rey se durmió luego, que venía cansado de la caza; y cuando tocaron a Maitines en la Iglesia de Santa María, mandó llamar a diez caballeros que fuesen con él. El enano, después que vió que el Rey era ido, salió detrás la cortina muy paso, y fuese para la cama de la Reina, y dixo, que antes quería morir que dexar de la escarnescer. Y alzó con la mano el rico cobertor y metióse debaxo. Mas la Reina estaba a la otra parte y no osaba tocar; y comenzó a penar como haría de ella a su voluntad; y en aquel pesar duró mucho, hasta que se durmió, y tanto que vino el Rey con sus vasallos, que era el sol salido, y entró en el palacio de la Reina Sevilla él solo, y llegó a la cama, que la quería ver de buena

voluntad; y alzó el rico paramento o cobertor con que estaba cobijada, y vido el enano, que estaba con ella; y cuando el Rey aquello vido, todo el corazón se le estremeció, y hubo tan gran pesar, que no podía ser más que estaba de muy mala voluntad. Y dixo:

—Ay mezquino, ¿cómo este corazón no se me quiebra?

Y dixo:

—¿Quién se fiara jamás de mujer, y jamás a criatura creerá?

El luego salió de la cámara y llamó a toda su compañía a muy grandes voces a priesa, y ellos vinieron luego.

#### CAPITULO IV

CÓMO EL REY MANDÓ QUEMAR A LA REINA SEVILLA POR CONSEJO DE LOS TRAIADORES.

**D**IXO el Rey:

—Vasallos, ved qué grande mal y grande deshonra. Quien cuidara que mi mujer tal hiciera, que nunca criatura nació de madre tan leal; maldita sea la hora que nació.

Y fuese luego al lecho, y sacó la espada que tenía y dixo a sus hombres:

—Juzgadme esta dueña de este mal que hizo, que haya su galardón.

Entonces estaba ahí el linaje de los traidores, que Dios maldiga: Galalón, y Alorones, y Favanes, y Cobir de Piedralada, y Sansón de Magros, y Macaire, el traidor de las muy dulces palabras y de los malos hechos. Estos daban y bastecían la traición lo más encubiertamente que podían; y Macaire se adelantó ante todos los otros y alzó el rico cobertor. Y cuando aquello vido, santiguóse a maravilla y comenzó a llorar muy de recio, porque el Rey entendiese que le pesaba muy mucho. Y cuando el traidor de Macaire vido que el Rey estaba de mal talante, dió muy grandes voces y dixo:

—Que debía ser quemada, como mujer que era probada por mala en tal traición.

Después que los traidores juzgaron a la Reina que debía ser quemada, luego el Rey mandó hacer una grande hoguera en el campo de París, y cuando fué hecha y llena de cardos de espinas y de fuego, Macaire y aquellos a quien fué mandado ser sacada la Reina Sevilla y el enano fuera de aquella ciudad llevaronlos al campo donde estaba hecha la hoguera, más la Reina que iba con muy gran cuidado, cual podéis ver. Los traidores, que Dios confunda, comenzaron encender el fuego, y llegaron a la Reina y despojáronle un brial, que fué hecho en Ultramar; y la Reina hubo gran espanto del fuego que vido tan grande. Y desde que vido al Rey, dió muy grandes voces diciendo:

—Señor, por aquel Señor que se dexó poner

en la Cruz y morir por salvarnos; señor, sabed que soy encinta de vos; mandadme guardar hasta que sea parida, y después mandadme quemar y echar en el fuego y desmembrar. Así como Dios sabe que nunca hice tal cosa de que me hagáis penar, así Dios me libre de este peligro en que estoy.

Y después que esto hubo dicho, volvióse contra Oriente, y dixo:

—¡Ay, ciudad de Constantinopla! ¡En vos fuy criada a muy gran vicio del mi padre y de mi madre. ¡Ay de mi madre y de mi padre!; no sabedes vos de la cuita en que ahora estoy. ¡Ay, Virgen María!, que ahora a tuerto seré destruída y quemada; y como quier que de mí no hayades mancilla, habedla de la criatura que traigo en el mi vientre, que no se pierda.

Y luego mandó el Rey poner un tapete cabe el fuego, y mandó que traxesen ahí a la Reina en aquel tapete y que la despojassen luego de todas sus vestiduras, salvo la camisa. Ahora la guarde Dios nuestro Señor, que nació de la Virgen Santa María, que no sea destruída. E la Reina, estando en el tapete, parecía la más bella cosa del mundo; pero estaba bermeja por el gran fuego que estaba delante della, y acataba la grande gente que estaba delante della, y de la otra parte el gran fuego muy espantoso; y dixo:

—Señores, por aquel Señor Dios que tiene el mundo en poder, que si yo vos erré en alguna cosa, porque mi ánima no sea en pena, que me perdo-

néis, porque Dios nuestro Señor os perdone el día del juicio y os dé por ello buen galardón.

El pueblo y los ricos hombres, que oyeron hablar así a la Reina Sevilla, comenzaron a hacer por ella muy gran duelo, y lloraban dueñas y doncellas y toda la otra gente. Mas tan sañudo estaba el Rey Carlos, que ninguno le osaba hablar sobre ello; y dixo:

—Haced de ella, que no la puedo hablar.

Y trabaron de ella, y lleváronla de los brazos y ataron de las manos con un cordel muy fuertemente, y pusieronle un paño ante los ojos. Y cuando esto vido la Reina, comenzó de llorar muy fuertemente y a dar muy grandes voces, y decía:

—¡Santa María, váleme! ¡Señora gloriosa que traxiste tu hijo y tu padre cuando vino al mundo salvar! ¡Señora, acatadme con vuestros ojos misericordiosos y salvadme el ánima, que el cuerpo en gran peligro está!

## CAPITULO V

DE CÓMO EL ENANO FUÉ QUEMADO, Y LA REINA SEVILLA  
DESTERRADA DEL REINO, PORQUE ESTABA PREÑADA.

**E**N aquella hora llegó el duque Jaynies, y Guillermo de Escocia, y el Almerique de Narbona, e hincaron los hinojos en tierra ante el Rey Carlo Magno, y dixeron los hombres:

—Merced, señor, y derecho. Haced así como vos aconsejamos: hacedla echar de la tierra, porque ella es encinta de vos; que si la criatura se pierde, cuanto oro hay en todo el mundo no vos guarescerá; y porque no digan que nosotros hacemos falso juicio.

Y dixo entonces el rey:

—No sé qué me haga; mas haced aquí venir aquellos hombres y aquel enano, y sabremos dél toda verdad.

Así como fué dicho fué hecho, y fueron por el enano y traxéronlo al Rey, atado con una sogá a la garganta, y las manos atadas. Y los traidores llegaron al enano a la oreja, cuando iban por él, y dixéronle que todavía hiciese quemar a la Reina, y que ellos lo harían rico de oro y plata. Y el enano díxoles que haría su voluntad. Y luego que llegaron ante el Rey, fué muy esforzado; y el Rey dixo al enano:

—Cuarte, no me niegues cosa de la verdad. ¿Cómo osaste echarte con la Reina?

Dixo el enano:

—Señor, por el cuerpo de San Leonís yo no vos negaré la verdad. Sabed que ella me hizo venir anoche y entrar en la cámara, y que me echase con ella en cuanto vos fuédes a la iglesia; y me hizo venir, aunque me pesó, y no osé hacer otra cosa.

Oíd qué maravilla hizo el Rey Carlos: no lo pudo más oír, y mandólo echar dentro en el fuego; y los diablos le llevaron el ánima, y el fuego quemó la carne. Y dixo el Rey al Duque:

—Amigo don Jaimez y vosotros, dexad vestir a la

Reina de sus ricos paños, que no querría que fuese desvergonzadamente por extrañas tierras.

Y cuando esto oyeron los ricos hombres, hubieron gran placer y agradeciéronselo mucho. Y dixo el Rey:

—Dueña, por aquel Señor que es Trinidad, porque me habedes escarnecido, que si vos hubiédes muerto a mi padre y madre y a todo mi linaje, no vos haría mal, que tal es mi voluntad. Mas vos salid de mi tierra, que si de mañana adelante en ella vos hallo, por la Cristiandad que yo tengo yo vos faré destruir, que no vos valdrán cuantos en el mundo son.

Dixo la Reina:

—Señor, ¿dó irá esta cautiva cuando de vos se partiere, que no sabe camino ni sendero?

—Dueña, no sé qué será de vos, mas de hacerlo vos conviene, y Dios vos guardará según que vos merecedes.

Y el Rey miró alrededor de sí, y vido un caballero en que se fiaba mucho, y muy leal y bueno, y de muy buenas maneras y buen caballero de armas, que llamaban Auberin de Mondiser. Y dijo el Rey a Auberin de Mondiser:

—Conviene vos ir con esta dueña hasta que sea fuera del monte; y después que la hubiédes sacado fuera, irse ha por el gran camino derechamente para el apostólico de Roma, y manifestarse ha de sus pecados, y tomará dél la penitencia; que mucho fué errada cuando se echó con el enano.

Y dixo Auberin de Mondiser:

—Señor, yo haré vuestro mandado.

Entonces pusieron a la Reina Sevilla encima de una mula que andaba muy bien, ensillada y enfrenada de muy rico guarnicimiento. Y Auberin de Mondiser cabalgó en su caballo y llevó consigo un lebrél muy grande y muy bien hecho, que él amaba mucho; y nunca lo partía de sí por grande que fuese la priesa; y cuando había de ir a monte, siempre lo llevaba consigo. Y luego fué Auberin de Mondiser con la Reina y dixo:

—Pues el Rey lo manda, guiar vos he hasta fuera del monte.

Y dixo la Reina:

—Hacer vos lo conviene, queriendo o no. Y el Rey, cuando la vido ir, comenzó a llorar, y la Reina paróle mientes y vídole llorar; y en un punto estuvo de caer de la mula en que iba muerta. Así salió la Reina y Auberin de Mondiser con ella, que no llevaba sino una espada en la cinta, y su can: y anduvieron cuatro leguas y hallaron un buen prado lleno de árboles, así que el lugar era muy bueno y vicioso. Y Auberin descendió a la Reina de la mula, y vídola llorar mucho; y díxole:

—Dueña, por Dios, conortaos, que nuestro Señor Dios vos puede bien consolar; que quien en El fía, siempre será salvo.

Y así estaban hablando la Reina y Auberin.

## CAPITULO VI

CÓMO EL TRAIADOR MACAIRE FUÉ EN POS DE LA REINA Y MATÓ AL CABALLERO QUE CON ELLA IBA, Y DE CÓMO LA REINA HUYÓ POR EL MONTE.

GRANDE pesar hubo el Rey por su mujer, que la había echado de su tierra; otrosí, hizo por ella grande duelo; mas, por se conortar, mandó poner las mesas encima de sus sobrados, para comer con sus vasallos. El Rey estando comiendo, Macaire, el traidor, pariente de Galalón, que estaba jugando, cuando aquello vido, salió del palacio a hurto y fuése para su casa y demandó sus armas y armóse muy bien; y mandó ensillar su caballo y cabalgó en él, y tomó su lanza y fuése en pos de la Reina y de Auberin, jurando que si Auberin la quisiese defender, que le cortaría la cabeza y haría su voluntad con ella; y fuese el traidor, como ladrón, cuanto pudo. Y cuando hubo andado una gran pieza, paró mientes y vido a Auberin y a la Reina que querían ir su camino. Y cuando los vido, luego los conoció, y dixo a grandes voces y comenzólos a llamar y a ir en pos de ellos, y alcanzólos y díjoles:

—Estaos quedos.

Y cuando Auberin lo vido, cuidóse que venía con algún mandado del Rey; e paróse so un árbol por



oír lo que quería decir. Y Macaire cuidó meter miedo a Auberin, y que le dexaría la Reina, y dixo [a] Auberin:

—Por aquel Señor que tomó muerte en la Cruz, si a esta dueña no dexáis ir su camino y no os ides vuestra carrera, vos tomaréis aquí la muerte en mis manos, que os meteré esta lanza por vos. Mas dexad la dueña y haréis bien, y yo haré della mi voluntad.

Cuando esto oyó Auberin, toda la sangre se le revolvió del cuerpo, y dixo:

—Señor, guarda de mal a la Reina por tu gran merced y ponla en salvo.

Y Macaire dixo:

—Que os valga Dios. ¿Qué decís o qué pensáis de hacer?

Entonces respondió Auberin:

—A la dueña no abredes a la mi voluntad.—Y dixo—: ¿Qué decís? Así os valga Dios. Haríades en ello muy gran deshonra al Rey, aunque pudiédes.

Y Macaire le respondió:

—Ahora lo veredes. Y por eso vos digo que me dexedes a mí la Reina, que más no la llevaredes; y si dexar no la quisiéredes, comprarédesla muy caro.

Y dixo la Reina:

—Haded de mí merced y defenderme de este traidor.

E Auberin dixo:

—Señora, antes lo querría ver arrastrado a la cola

de su rocín que mi señor el Rey tomase vergüenza.

E cuando Macaire, el gran traidor, lo oyó, con pocas ensandeció, y guió el caballo, y esgrimió con la lanza, que tenía el hierro muy agudo, y dexóse ir para él. E cuando Auberin lo vido así venir, sacó la espada de la vaina y desvióse al través, y dióle un golpe en la lanza que la hizo dos partes; y Macaire dexó caer la lanza en tierra, y echó mano a la espada, y estaba muy bien armado. Mas no tenía Auberin ninguna armadura, salvo su espada; pero no dexó de defenderse cuanto pudo. E Macaire, el traidor, le dió un golpe en la espada, y descendió el golpe y cortóle una pierna. E cuando Auberin se sintió herido, dixo:

—¡Ay, Señor, habed merced de mí! ¡Santa María, Señora, a Vos me encomiendo, que no pierda el ánima, y salva a esta dueña, que no sea escarncida ni mi señor el Rey deshonorado!

Mucho fué cuitado Auberin cuando se sintió herido, que se le iba mucha sangre sin medida; que todo era ende sangriento, y corríale mucha sangre por la tierra. Y cuando aquello vido la Reina, dió un gran grito con pavor, y dixo:

—¡Santa María, y valme!

Y dió de las espuelas a la mula, y metióse por el monte, y comenzó de huir cuanto más pudo, en tanto se combatían los caballeros muy fuertemente.

Mas Auberin no se dexó por eso vencer hasta la muerte, antes se defendió muy bien; que bien podría andar la Reina cuatro leguas mientras se com-

batían los dos caballeros. E Macaire le dió un tal golpe por la cadera, que le cortó una pierna. Y Auberin, cuando se sintió tan mal herido, dió una gran voz, llamando a su can. Y el perro, cuando lo oyó, alzó la cabeza; y cuando vido a su señor herido en tal manera, vídose en grande cuita, y dexóse ir para aquel traidor de Macaire, muy sañudo, y alzóse él y trabóle del vientre y de la pierna con los dientes, que los habia muy agudos y muy grandes, y no le valía al traidor de Macaire la brahonera, porque no dexó de meter los dientes por la pierna, y corriale mucha sangre de ella por las hierbas. Y él, como era grande y membrudo, a pocas hubiera dado con él en la tierra. Y Macaire, el traidor, cuidóle dar con la espada; mas el can, con el gran miedo, dexóle y huyó. Y Macaire fué en pos dél, mas el can se metió por el monte, y de esto hubiera gran pesar el traidor de Macaire, por que no matara al can. Y Macaire hirió a Auberin por encima de la cabeza, de que llegó a la muerte; y allí do yacía, dixo, así como pudo:

—Traidor, maldita sea tu alma, que a gran traición me has muerto; y Dios tome su enmienda.—Y dixo—: ¡Señor, habed merced de mi ánima!

Y el traidor mató luego al caballero; y así hiciera al can si le pudiera alcanzar; mas metióse por el monte, y por eso escapó. Después que Macaire esto hubo hecho, no quiso más tardar, y fuése a buscar la Reina, y decía que haría della a su voluntad, y después que le cortarían la cabeza. Mas Dios no quiso

que la hallase, ca mucho se adelantó la Reina mientras que los caballeros lidiaron; mas mucho la buscó de parte a parte. E cuando no la pudo hallar, tal pesar hubo, que hubiera de rabiarse; y después pensó de se tornar a la ciudad; y a media noche llegó, y fuese a su posada, y mandóse desarmar, mas nunca descubrió nada de lo que había pasado.

## CAPITULO VII

DE LO QUE HIZO EL PERRO DE AUBERIN POR LA MUERTE DE SU SEÑOR, Y DE CÓMO LA REINA SEVILLA ENCONTRÓ CON UN VILLANO, LLAMADO BARUQUEL, Y DE LAS RAZONES QUE HUBIERON EN UNO.

**A**UBERIN, que estaba muerto cerca de la fuente, su can, cuando vido a su señor muerto, comenzó a ladrar y aullar y hacer la mayor cuita por él que nunca otro can hizo por su señor; y comenzó a cabar con las uñas, hizo una cueva en que lo soterró, y lamíale las llagas muy dolorosamente; de manera que no había hombre en el mundo que en verlo no hubiera allí gran pesar; y así lo guardaba todo el día, y a las veces de noche, de las alimañas, que había muchas, que no le comiesen; y así guardó el can a su señor, que ningún animal viniese (1) a él. E cuando vino la mañana,

(1) En el original *niese*.

hubo muy grande hambre; mas no quiso buscar de comer.

Toda la noche caminó la mezquina de la Reina por los montes, que no quedó de andar; e tan gran miedo había de Macaire, el traidor, que nunca le vino sueño al ojo; y siempre guiaba la mula; y comenzó a llorar la Reina, pensando en el traidor que iba en pos de ella; y aquesto era la Pascua de Resurrección. Y cuando amaneció, salió fuera del monte y fuése por el camino, y comenzó a llorar mucho de sus ojos y de su corazón. Y ella, estando allí quedándose a Dios, vido venir un villano grande y fiero que venía por el camino y venía contra ella con su sayo corto y mal hecho de buriel, y la cabeza por labrar, y los cabellos erizados; el un ojo tenía verde, y el otro tenía negro como la pez, y las sobrecejas luengas, y los dientes no son de oír, que eran como de perro, y los brazos y las piernas eran muy luengas. El un pie llevaba calzado, y el otro, descalzo. Y si le diesen a comer cuanto quisiese, no habría hombre en el mundo más fuerte que él; y traía un asno cargado de box. E llevaba un palo y un aguijón en la mano con que aguijaba a su asno; y cuando vido a la Reina, comenzó a tremecer la cabeza, y dió una gran voz que todo el monte sonó, y dixo:

—Venid adelante, que buen encuentro he hallado para mi cuerpo solazar.

Y cuando la Reina lo oyó, toda la color perdió;

pero tomó conorte y llamólo y díxole muy humildosamente:

—Amigo, Dios vos salve, ¿y podriame en vos fiar y decidme para cuál parte ides?

E dixo el villano:

—Dueña, ¿qué habedes? Mas ¿cuál diablo os hizo levantar tan de mañana? Bien me parecéis mujer de dineros y de meaja; ¿cómo ides sola y sin ninguno? Ca me semeja gran daño éste; jamás de hermosa dueña oí hablar más que vos y la Reina Sevilla, que era muy hermosa dueña, y el Rey Carlos la hizo quemar, e hizo en ello mal hecho; y Dios le maldiga, que mayor mal no pudiera hacer.

Cuando esto oyó la Reina Sevilla, comenzó a llorar.

—Dueña—dixo el villano—, por el cuerpo de Dios, mucho fué villano el Rey Carlos en tan buena dueña quemar, y tan bien sabida: ca según yo creo, hasta el cabo de Oriente no había otra tal; y si vos truxédes escuderos con vos y no anduviédes allí sola, vos la semejábades.

—Amigo, verdad es—dixo la Reina—esto que vos decides; que el Rey Carlo mandó hacer fuego muy grande en el campo de París en que me quemasen; ca me puso en mala fama donde no había culpa; y quemado me hubiera por consejo de los traidores, que Dios maldiga; mas Dios me quiso guardar por el su gran poder, que sabía que no había culpa, y metióle en corazón que no lo hiciese. Y mandóme salir de la tierra, con tal condición que, si me hallase

en ella, que me haría quemar. Y dende me hizo guardar por el monte a un caballero suyo, muy leal y bueno, que decían Auberin de Mondiser, que él mucho amaba. Y Macaire, el traidor, vino en pos de nosotros armado de todas en su caballo, y quisiérame escarnecer. Mas Auberin pugnó en me defender, y matóle Macaire. E yo, cuando aquello vide, metíme por el monte y comencé a huir cuanto pude; y no sé por dónde me vaya, y soy muy cuitada, y ando preñada del Rey Carlos; y por Dios, hombre bueno, consejadme, y tomad esta mula y estos paños, y haced de ellos vuestro pro.

Y cuando esto oyó el villano, alzó la cabeza, y estremeció los dientes, y comenzó de herir unos con otros, y dió de las manos en su cabeza, y mesóse los cabellos.

—Dueña—dixo el villano—: no hayades dubda que por aquel Dios que nació de Virgen María, por su placer, no iredes sola una legua de tierra que yo no vaya con vos, y serviros he a toda vuestra voluntad. Y juro a Dios que de aquí adelante no iré tras este mi asno, ni tornaré a ver mi mujer, ni mis hijos; y llevaros he a la ciudad de Constantinopla, al Emperador Ricardo, vuestro padre; y cuando supiere vuestras nuevas y de vuestro mal, bien sé que enviará sus gentes en Francia. Y si el Rey Carlos no fuere su voluntad de vos recibir por mujer, así como de antes érades, sé que le hará gran destruimiento en Francia.

—¡Ay, Dios—dixo la Reina—, que formaste a

Adán y a Eva, dónde venimos todos! ¡Oh, Señor, acorredme en esta tormenta y llevadme a lugar que sea en salvo!

El villano dixo:

—Dueña, no vos desmayéis; yo he mujer y hijos en una ciudad de Francia donde soy natural, y con este asno que aquí vedes gobierno mi compañía; mas por amor de vos desampararé mi mujer y hijos y me iré con vos; y iredes por extrañas tierras, hasta que vos seades libre de la criatura que vos tenedes en el vientre, y darla hemos a criar; y cuando fuere grande, irse ha con vos a Constantinopla, y nos iremos al Emperador vuestro padre a Constantinopla, donde es señor, y cuando supiere de vuestra hacienda, dolerse ha de vos. Y cuando el niño fuere de edad, y de buen corazón cuanto al su poder, por aventura podría ser Rey de Francia, si Dios pluguiere.

Y la Reina decía que Dios le diese buen galardón por ello.

—Y ahora, me decid, ¿cómo habedes nombre?

Y dixo el villano:

—Baruquel.

Dixo la Reina:

—El nombre me semeja extraño; mas vos sois hombre bueno, y así lo seredes en tal que me tengades lo que me prometiste, como cuido, y en buen tiempo fuiste nacido, que yo vos haré rico y bien andante.

Y dixo Baruquel:

—Muchas mercedes.

Y la Reina dixo:

—Ahora me decid si sabéis cerca de aquí algún lugar o castillo do podamos hallar alguna cosa que comamos, ca yo he muy grande hambre, ca dos días ha que no comí; y daremos este manto por dineros, y venderemos la mula para que hayamos para despender por do fuéremos.

Dixo Baruquel:

—Dueña, cerca de aquí está un lugar que se llama Videuniz; y nos iremos a él y comeremos cuanto nos abundare.

—Buena ventura hayades—dixo la Reina.

Y así se fué la Reina, y Baruquel con ella.

Y el asno de Baruquel se tornó para su casa, así cargado de box; mas cuando lo vido la mujer, fincó espantada, y hubo miedo que lo habían muerto, y dió muy grandes voces con sus hijos, diciendo que lo habían muerto, o que le prendieron los que guardaban el monte.

### CAPITULO VIII

DE CÓMO LA REINA Y BARUQUEL LLEGARON A LA VILLA DE VIDEUNIZ.

**D**ICE el cuento que la Reina Sevilla y Baruquel llegaron a Videuniz, y al entrar de la villa hallaron muchos burgueses, y preguntaron a Baruquel para dónde andaba. Mas él aba-

xaba la cabeza y pasaba ante ellos; y de ellos había que le decían:

—Villano, no lo niegues; ¿dónde hallaste tan hermosa mujer como ésta?

Y decía la Reina:

—Por Dios, amigos, no digades villano, que es mi marido y voime con él.

Y decían ellos:

—Por buena fe, mal hizo quien dió a tal villano tan hermosa dueña por mujer.

Mas Baruquel no decía nada; y baxaba la cabeza, y andaba, y dexaba decir a cada uno lo que quería; y rogó mucho al burgués, señor de la posada, que la albergase allí aquella noche, que le haría en ello cortesía.

El burgués dixo a la Reina:

—Dueña, no sé quién vos sois, ni de cuál linaje; mas de vos he gran duelo; y por ende, habredes posada a vuestra voluntad que no vos cueste nada.

Y Baruquel se lo agradeció mucho, y abaxó a la Reina.

Y el huésped era muy bien enseñado; aderezóles muy bien de comer, y después que hubieron comido, el huésped, que era hombre de buena parte, llamó a Baruquel y díxole:

—Por la fe que Dios en vos puso, ¿esta dueña es vuestra mujer?

Dixo Baruquel:

—Señor, no vos negaré la verdad por aquel Dios que en el mundo hizo, por que os tengo por

hombre muy bueno y leal; y ella no es mi mujer; antes es dueña de buena tierra, y yo soy su hombre; ymos a Roma, y estamos muy pobres de despensa.

Y dixo el huésped:

—No desmayes, que Dios pondrá remedio.

Y a la dueña hiciéronla echar en un buen lecho, y durmió hasta la mañana, que llamó Baruquel a las puertas y la despertó.

Y después que la Reina despertó, y se levantó y se aparejó, abrió la puerta, y llamó a Baruquel, y díxole:

—Yo he gran miedo del Rey Carlo; que si sabe que aquí estoy, hacerme ha tomar con la gran saña que tiene.

—Dueña—dijo Baruquel—, no temades, que si Carlos aquí viniese, y si mal os quisiese hacer, primero lo compraría muy caro, aunque supiese ser desmembrado por ello.

Entonces dixo la Reina que Dios le diese por ello bien galardón, y que si ella viviese luengamente, que le haría buen andante a él y a cuantos dél viñesen.

Entonces tomó la Reina el su rico paño de escarlata y la mula con el rico guarnimiento y diólo a Baruquel que lo vendiese; y de los dineros compraron un tabardo y un capirote para Baruquel.

Y después que esto hubieron hecho, despidiéronse del huésped.

## CAPITULO IX

DE CÓMO EL PERRO DE AUBERIN DE MONDISER DESCUBRIÓ LA MUERTE DE SU SEÑOR.

**D**ICE el cuento que cuatro días y cuatro noches guardó el can a su señor, que ni quiso buscar de comer ni desviarse del cuerpo, por que no le comiesen las aves. Pues sintiéndose ya el can tan flaco con la grande hambre, que maravilla era, levantóse y arrincó de las yerbas con las manos y con los dientes, y cubrió a su señor. E tanto le ahincó la hambre, que se fué para París por el camino y llegó a medio día; y fuése para el palacio, y el Rey estaba yantado y muchos buenos con él. Y Macaire tornóse contra el Rey y dixo que mucho le había errado Auberin que se fuera con la Reina por extrañas tierras.

Dixo el Rey:

—Macaire, yo he por ende gran pesar; mas por aquel Dios que tomó muerte y pasión en el árbol de la Cruz, que yo le mande luego buscar por cualquier lugar que yo sepa que él es; que si Dios quisiere que lo hallase y viniere a mi poder, no le guarescerá cuanto oro hay en el mundo.

Auberin yacía muerto cerca de la fuente que Macaire le había muerto; y en aquella hora entró el

can y comenzó a mirar a todos. Y cuando el can vido a Macaire, fué para él, y trabóle de la espalda derecha y metióle los dientes por ella; y Macaire dió una gran voz cuando se sintió herido. Y el Rey y los otros caballeros fueron de esto muy maravillados; y levantáronse algunos hombres y dixeron:

—Mata este can.

Y comenzaron de traer palos y piedras, y de lo herir muy mal.

El can comenzó a huir, y al salir echó mano con la boca de un pan de la mesa y fuése para el monte, donde estaba su señor muerto, y echóse cerca dél y comió su pan; y hízosele poco, que tenía muy gran hambre; pero más mal herido quedó Macaire del can.

El Rey quedó maravillado, y dixo a sus caballeros:

—Amigos, ¿visteis tal maravilla? Aquél es el buen can de Auberin, que llevó consigo. Mas de Auberin querria saber dónde es.

Dixo el duque don Jaimes:

—No vos acuitedes, que no tardará mucho que no lo sepamos por este can mismo, que no se puede más encubrir; en tanto pienses de Macaire que está muy mal.

Ahora tornemos al can, que estaba cerca de su señor.

Otro día de mañana, cuando le acuitó la hambre, levantóse, y fuése a la ciudad, y pasó por la puente

de París; y los burgueses comenzáronlo a mirar, que lo conocían, y decían:

—¿Dónde viene este can, que es el de Auberin?

Y quisieronlo tomar, mas no pudieron, que el can comenzó a huir y fuése al palacio del Rey, y cuando entró estaba el Rey y Macaire hablando en puridad. Mas cuando Macaire vido el can, hubo gran miedo y comenzó a huir. Y cuando cuatro de sus parientes esto vieron que estaba ahí, dexáronse ir a él con palos y piedras.

Mas cuando el duque don Jaimes esto vido, dióles muy grandes voces y dixo:

—Dexad el can, no le hirades, y yo vos lo digo de parte del Rey.

E cuando esto oyeron, fueron muy más sañudos, y dixeron:

—Señor, dexad vos de esto, que este can mordió muy mal a Macaire en la espalda derecha.

Y el duque don Jaimes, que era muypreciado y muy entendido, tomó el can por el pescuezo, y dióle a Gofredo, que era padre de Augel; y el can estaba con él de buenamente.

Y cuando esto vido Macaire, hubo muy gran pesar viendo pasar todas estas cosas; y sus parientes de Macaire lo quisieran matar de grado. Y cuando el duque don Jaimes esto vido, comenzó a dar muy grandes voces a Richarte de Normandía, y a Justo, y a Augel, y a muchos caballeros que estaban:

—¡Ay, varones—y dixo—, por Dios que me ayudadéis a defender este can!

Y ellos respondieron que lo harían de muy buena voluntad; y tomaron el galgo y leváronlo ante el Rey; y el Duque don Jaimes tenía el can por el pescuezo, y habló primero, y dixo:

—Señor, mucho me maravillo de vos y de las grandes honras que me solíades hacer. Vos me solíades llamar a vuestros consejos y paridades, y yo solía ser el primero; y ahora no me amades ni preciades; mas guardad vos de traidores.

Dixo el Rey a don Jaimes:

—Yo no me puedo guardar de traidores si Dios no me guarda, que ha el poder.

Y dixo el duque don Jaimes:

—Señor, yo vos ruego que vos guardedes; mas ahora, señor, me oíd, si vos place, por amor de Dios, que no hay caballero, ni escudero, ni sirviente a quien muerda y mal quiera hacer este galgo, sino a Macaire, vuestro privado. Señor: a Auberin de Mondiser vos le mandaste ir con la Reina cuando la mandaste salir de vuestro Reino; este can fué con él, y criólo más de un año; y siempre este can andaba con él; y, señor, haced alguna cosa por vuestra merced; cabalgad en un caballo y iremos con vuestra merced hasta cien caballeros, y veremos adónde nos llevará este can; ca ansina me ayude Dios cómo yo cuido que Macaire mató a Auberin de Mondiser, vuestro caballero, tan leal y tanpreciado y tan bueno.

Y cuando esto oyó Macaire, pesóle de corazón muy mucho, y dixo:

—Señor, no lo diríades vos si no fueses tan alto como vos sois; porque yo daría mi respuesta contra vos que esto nunca yo hice, que vos me ponéis; ni me vino al corazón.

Y don Jaimes llevó el galgo ante el Rey, y comenzó de aullar de manera que bien entendía que se querellaba; y trataba de las puntas de el manto del Rey, y hacía semejanza que lo quería llevar al monte donde yacía su señor muerto.

Y cuando el Rey esto oyó, comenzó a llorar de duelo, y mandó traer su caballo, y cabalgó luego, y don Jaimes con él y otros muchos buenos hombres y caballeros; y el traidor de Macaire, que Dios maldiga, no quiso ir con ellos, y quedó en la ciudad muy sañudo, y amenazaba al duque don Jaimes y su linaje; mas él no se le daba por ello valía de un pelo.

En tal guisa fué el Rey con sus caballeros hasta que llegó al monte; y el galgo iba delante y hacía se[me]janza para lo guiar y llevar al monte; y no se paraba por el camino que iba hasta la fuente donde yacía su señor muerto; y después que llegó a su señor, descubrióle de las yerbas que tenía.

Y cuando el Rey esto vido, y los que con él iban, fueron muy maravillados y desmayados; y descendió el rey primero; y cuando conoció que aquél era Auberin de Mondiser, comenzó de hacer el mayor duelo del mundo, y dixo:

—Amigos, vedes aquí Auberin dónde yace muerto, el que yo mandé guiar la Reina, y yo no sé dónde es. Dixéronme que Macaire fuera en pos de ella



sin compañía y muy escondidamente; y yo pienso que él lo mató; mas por aquel Señor que el mundo hizo, que esta traición no sea tan encubierta que yo no la haga descubrir. Macaire no se puede salvar, y no se escapará que no sea ahorcado por ello.

Y entonces comenzaron a hacer gran duelo todos por Auberin, que a maravilla era mucho buen caballero, y lo preciaban mucho por su bondad.

#### CAPITULO X

CÓMO EL CUERPO DE AUBERIN FUÉ LLEVADO A PARÍS HONRADAMENTE, Y DE CÓMO EL PERRO DE AUBERIN, EN EL CAMPO, VENCIO A MACAIRE, POR DONDE SE DESCUBRIÓ LA TRAICIÓN.

**D**ESPUÉS que hubieron hecho grandísimo llanto sobre el cuerpo muerto de Auberin, mandaron hacer unas andas para lo llevar a la ciudad, y pusieronlas sobre dos mulas, y metieronlo dentro, y llevaronlo a París; y allí viérades por él hacer gran duelo, cuando entró en la ciudad, dueñas y doncellas y burgueses y cuantos había en la ciudad, que no había hombre que no llorase. Y así lo llevaron hasta la iglesia de Santa María. Y después que la misa fué dicha y el cuerpo enterrado, tomó el Rey el can y llevólo consigo, y hízolo guardar, y

mandóle dar de comer; pero el can aullaba, y hacía por su señor gran duelo.

El Rey, entretanto, hizo prender a Macaire, el traidor, y otro día hizo llamar a todos sus caballeros que fuesen con él a oír misa a la iglesia de Santa María. Y después que la misa fué dicha, tornóse el Rey a su palacio y asentóse con gran pesar, y dijo a sus buenos hombres:

—Por Dios vos ruego que me juzguéis este pleito de Auberin, que le di a la Reina que la guardase hasta fuera del monte, y ninguno no sabe de ella, ni yo no las puedo saber derechamente de ella ni dónde es ida; y yo mandé prender a Macaire por sospecha del can que no se dexaba ir a otro salvo a él en todo el palacio donde estaban todos los caballeros; mas así me parece que Macaire tiene alguna culpa.

Y dixo el Duque don Jaimés:

—Señor, yo vos aconsejaré cómo hagades.

Y dixo el Rey:

—Mucho me place.

Y entonces llamó a sus doce Pares so un árbol, y otros hombres buenos, y después que fueron ayuntados habló Galalón primero por Macaire:

—Señores, mucho os debe pesar que el Rey quiere juzgar a Macaire a muerte, diciendo que mató a Auberin de Mondiser; mas, por Dios, ¿cómo puede ser esto? Que no cuido que en esta Corte haya caballero que contra Macaire osase salir para se combatir con él. Ca si el can quiere morder a Macaire, no es maravilla que lo hirió muy mal; y por

eso se quiere vengar el can dél. Mas si me queréis creer de consejo, iremos al Rey y decirle hemos que dexé estar en paz a Macaire, y que le no haga mal, que él viene de alto linaje y de altos hombres, y es tan gran caballero que, si mal le hiciere, gran daño le puede venir; mas déxele estar en paz; éste es el mejor consejo que hombre puede dar.

Cuando los ricos hombres oyeron así hablar a Galalón, no osaron al decir por qué era de tan alto linaje; mas el Duque don Jaimes se levantó y dió grandes voces, y dixo:

—Oídme, varones, lo que quiero decir. Sabría Galalón mejor consejo dar, ca mejor consejo habemos menester de haber; de guisa que no cayésemos en vergüenza del Rey, y vos bien sabéis que cuando el Rey echó a la Reina del Reino, que la dió a Auberin de Mondiser que la guiase; pero aquel que lo mató ha hecho al Rey muy gran pesar y gran hierro; y cuando de aquí movió, llevó consigo este can, porque lo amaba mucho, ca mucho leal es el can. Esto oí hablar, y ninguno no podrá hablar contra lo que dixo Merlin, antes es muy gran verdad lo que profetizó; así, que el Emperador de Roma le tenía preso, y por le probar de seso, díxole: «Yo te mando, así como amas a tu cuerpo, que traigas ante mi Corte tu enemigo, y tu amigo juglar, y tu siervo.» Y dixo: «Yo vos lo traeré, si lo puedo hallar.» Señores—dixo el Duque don Jaimes—, verdad es que el Emperador lo mandó tirar de la prisión a Merlin, y fué a su casa y traxo a su mujer, y a

su hijo, a su asno, y a su can, y dixo: «Señor, vedes aquí lo me que mandaste.—E dixo: Vedes aquí a mi mujer, que tanto es hermosa, de que me viene alegría y solaz, a quien yo digo mis puridades, y si me acaesciese alguna dolencia por ella, no habré conorte, y si acaesciese que hubiese muerto dos hombres y no lo supiese sino ella, y con ella viniese alguna saña y la hiriese, luego me descubriría, y por esto digo que es mi enemigo. Y, señor, vedes aquí mi hijo; éste es mi alegría, y mi vida, y mi salud; y cuando era pequeño, tanto lo amaba el padre que se pagaba de lo que decía, y no ha cosa de que tanto se pague, ni de que tamaño placer tome, y por esto hace lo que quiere; mas después que es grande, no se le da nada por el padre, antes querría que fuese muerto que vivo, en tal que se le quedase todo su haber; y tal costumbre tiene el hijo; este es mi juglar. Y, señor, veis aquí mi asno, que es todo desnudo; es mi siervo, que meto mano a la vara o al palo y le doy tantos de palos, hasta que lo dejo por muerto, y cuantos más palos le doy, más está a lo que yo mandó, y después cárgole y va mejor con la carga, y tal manera es la del asno, y este es mi siervo. Y, señor, veis aquí mi can; este es mi amigo, y no hay otro que tanto me ame, que si meto mano al palo y lo hiero hasta que lo deje por muerto, tanto que lo llame, luego viene para mí muy alegre y halagándome; tal es la manera del can; éste es mi amigo leal.» Y dixo César: «Ahora digo verdaderamente que sabes mucho, y por esto quiero que salgas de

prisión y vayas a la buena ventura, que bien lo mereces.» Y Merlín agradecióselo mucho, y fué para su tierra.

Y dixo el Duque:

«Señores, por eso podedes entender qué grande amor es el del can con su señor; verdaderamente por eso debe ser Macaire ahorcado, como hombre que hizo traición, si probada le fuere.

Así habló el Duque don Jaimes, como vos digo.

»Varones, ahora me oíd lo que vos diré de parte de Auberin. No hay hombre de este linaje, ni de extraño, que contra él osase salir en campo, y porque el galgo muere por él, yo diría que le dexásemos ir con él: en tal manera que Macaire esté a pie llano con él, y tenga un escudo en el brazo, y un palo de un codo en la mano, y combátase con él lo mejor que pudiese; y si fuere vencido el can, Macaire sea libre; y si el can venciere a Macaire, yo digo que él mató a Auberin de Mondiser, y que haya tal galardón como él merece de tal hecho, y haga el Rey tal justicia como debe. Este es el mejor consejo que se puede dar, porque yo no veo otro consejo cómo se pueda probar.

Y cuando los ricos hombres oyeron al Duque don Jaimes, levantáronse a él, y agradeciéronselo mucho, y dixerón que decía bien, que Dios le diese buena vida, y que fuesen como él decía.

Entonces fuéronse para el Rey, y el Duque don Jaimes le contó lo que dixerón; de cómo se habían de combatir Macaire y el can; y el Rey otorgóselo lue-

go. Y cuando este pleito fué ante el Rey, hicieron traer a Macaire de la prisión en que estaba, y puesto ante él díxole el juicio que hicieron los hombres buenos en su Corte; y cuando esto oyó Macaire, fué muy alegre y agradeciolo mucho al Rey, ca tuvo que por aquello sería libre.

Mas Dios, que es cumplido de bondad y de virtud, nunca mintió, y da a cada uno su galardón, según que merece, y muestra su justicia juzgante en los cielos. Otro día por la mañana, en tanto que el sol salió, Macaire, con muchos caballeros y gente, vino ante el Rey, y luego que el Rey lo vido, dixo:

—Macaire, bien sabéis que siempre vos amé por vos y por vuestro linaje donde vos venís. Ahora me dixerón que habían juzgado en mi Corte lo que yo no puedo excusar. Ca de parte de Auberin no hay quien con vos ose pelear en campo, salvo aquel su can que vos quiere mal; por tal guisa que vos tengades un escudo redondo, y un palo de un codo; y si vos venciéredes al can, seredes libre de lo que vos acusan de la muerte de Auberin de Mondiser, que yo tanto amaba, de que tengo grande pesar de su muerte; mas si vos fueres vencido, sed cierto que haré de vos justicia, cual debe ser hecha a quien tan mal hecho como éste hizo.

Dixo Macaire:

—Dios sabe que Auberin ningún enojo me hizo, ni me mató hermano, padre ni pariente, porque desamor hubiese con él. Y desta batalla, a vos gracias y mercedes; pero de combatir un can con un

caballero tal como yo, no me semeja guisado. Ahora, señor, me decid: ¿no vos semeja gran maravilla de se combatir un can con un caballero?

Y dixo el Rey:

—No, pues es juzgado en mi Corte; mas idvos aderezar.

Y cuando Macaire esto oyó, el corazón le tremió, y quisiera ser de grado allende la mar en otro Reino: y tanto gana quien mal hace contra Dios y contra derecho.

Entonces se fué a armar, así como fué mandado, de un escudo redondo y un palo de codo muy bien hecho. Y dixéronle los parientes que no hubiese miedo de aquello ni de cosa ninguna, ni dudase del can más que de una paja, y si el can se dexase ir a él, que le diese tal herida en la cabeza que diese con él en tierra. Y si por ventura vos mal traxese, luego vos acorreremos de parte de Galalón, vuestro tío.

Dixo Macaire:

—Bien decís.

E hizo venir todos los de su parte, bien aderezados, para que lo acorriesen, si menester le fuese. Y andaba ahí un traidor, que había nombre Mil de Piedralada. Este llamó a Macaire y díxole:

—Esta es cierta cosa, que el can no podrá durar el gran afán contra vos, y después que lo matéredes habremos todos alegría, y alegrar nos hemos todos en uno, y mataremos al Rey Carlo, que muchas veces nos ha revuelto en su tierra, porque más no nos escarnezca; y la Reina de Francia, su mujer,

que él echó de su tierra, nunca ahí tornará, y si tornaré, perderá la cabeza y vos seréis señor del Reino, aunque pese a quien pesare.

E dixo Macaire:

—Muy bien decides; y si yo vivo luengo tiempo, en buen punto lo pensastes.

Pero otro juzgaba Dios en los cielos.

Y el Rey salió de su palacio y mandó que la batalla fuese aderezada, e hizo luego traer el can y a Macaire, y dixo el Rey:

—Macaire, necesario es que me deis fiadores.

Y dixo el traidor:

—Señor, no puedo esto excusar.

E llamó luego algunos de sus parientes de Galalón, y díxoles:

—Amigos, fiad ahora por mí pues que el Rey así lo quiere; ruego vos que me ayudedes y no me dexéis hasta la muerte.

Y ellos dixéronle que ellos y sus haberes pornán en fianza por su pariente Macaire.

Entonces mandó el Rey venir el can, que lo tenía Augel por el cuello, y mandó pregonar que ningún hombre poderoso no fuese osado de hablar, sin que perdiese uno de los miembros de su cuerpo; y mandó poner un tapete en medio de la plaza de las reliquias de San Estacio; y dixo el Obispo:

—Macaire, id a besar las reliquias, y seredes más seguro del can y de vuestro hecho acabar.

Y dixo Macaire:

—Señor, por buena fe, no besaré ni rogaré a Dios que contra un can me ayude.

Así dixo el mal andante, como vos digo; mas no hubo en el campo quien lo oyese que no se santi-guase y que no dixese que mal le fuese con él.

Entonces llevaron las reliquias a la iglesia, y Macaire no quiso humillarse a ellas; mas dió voces a las guardas que soltasen el can, y que si no lo mataba del primer golpe, que no se preciaría valía de un dinero. Y el que tenía el can, soltóle, y díxole:

—Ahora vete con Dios, que sufrió en su cuerpo la lanzada y quiso que lo pusiesen en la Cruz; así como tú combates por tu señor, que tanto te amaba derechamente, así te dexa Dios vencer a Macaire.

Mucho fué alegre el can cuando lo soltaron, y sacudióse tres veces, y dexóse ir al campo a vista de toda la gente; y cuando vido a Macaire, dexóse ir a él, ca bien lo conocía, y fué lo más recio que pudo; y antes que el traidor se hubiese bien aparejado ni alzado bien el palo arriba, ni se cubriese de su escudo, trabó el can con los dientes que tenía muy agudos, y mordióle muy mal. Y cuando esto vido Macaire, con grande saña que tenía alzó el palo arriba, que era gordo y recio, y dióle tal herida al can que dió con él en tierra tendido; así que le salió mucha sangre por las narices. Y cuando el can se sintió herido, levantóse muy aina y dió grandes voces. Mucho fué ahí muy mirada la batalla de toda la gente del can y de Macaire por la plaza y por el muro, que todo era cubierto

de mucha gente, y todos rogaban a Dios que ayu-dase al can, si derecho tenía, y el traidor de Macaire fuese ahorcado por la garganta. Y Macaire dexóse ir a él, que pensó herirlo con el palo; mas como el can le trabó de la garganta, dió con él en tierra, y cayósele el palo y el escudo de la mano. Y cuando esto vieron las gentes, loaron mucho a Dios, mas si no se levantaran tan aina, hubiéralo el can mal mordido. Y otra vez el can, muy sañado, miró en derredor y arremetiése a él, y trabóle muy bien, que lo señaló el rostro. E cuando esto vido Macaire, aina hubiera perdido toda su fuerza, y con el gran miedo dió voces a sus parientes que lo socorriesen, si no que sería comido del can. Y cuando ellos esto oyeron, dexáronse ir al can con sus espadas sacadas; mas el Rey se levantó y dióles voces que no se revolviessen, sino que por aquel Dios que tomó muerte en la Cruz, que el primero que al can hiriese que sería luego ahorcado. Cuando esto oyeron los traidores, tornáronse, y grandes voces daba Macaire que era mal mordido del can en el rostro, así que toda la boca tenía llena de sangre de guisa que no podía hablar: y dexóse ir al can con gran cuita, y el can desvióse a otra parte y trabóle la mano a vueltas con el palo y el escudo de la otra mano, que corría mucha sangre por el campo; pero después tomó el palo y el escudo y dióle muchas heridas; mas mucho enojado estaba de la sangre que le salía mucha. Muy gran duelo habían los traidores Galalón y los otros parientes; y Galalón los llamó a

todos, que había bien cien caballeros que estaban en el campo, y otrosí estaban también las guardas armadas, y dixo Galalón:

—Gran duelo y pesar tengo de Macaire, que es nuestro pariente, que lo veo mal andante, y vos así lo vedes; si es vencido del can, todo nuestro linaje será destruído y deshonorado; mas sabéis qué he pensado: yo armaré y saldré con mi caballo a socorrer a Macaire, y mataré al can que nos ha escarnecido, y prometed al Rey por mí mil marcos de plata y paños de seda, y tomarlos ha de buen grado, y así será Macaire vengado y de nos acorrido.

Y todos decían que en buen punto nasciera si él lo librara. Entonces se fué Galalón y se hizo bien armar y cabalgó en su caballo, y dió de las espuelas, y pasó por la priesa de la gente que halló, y hiciéronle camino; y dexóse ir al can, y dióle una lanzada por las piernas, y la lanza dió en tierra y quebróse; y sacó la espada y fuése para el can, mas el can huyó y metióse entre la gente por guarnecerse. Y cuando esto vido el Rey, fué muy sañudo y dió muy grandes voces a las guardas, que si lo dejasen ir, que no pareciesen por toda la tierra; que lo echasen en la mazmorra y en la prisión que nunca dende saliese, y cualquiera que lo traxese, que le daría cien libras de plata. ¡Oh, quién viera descender burgueses de las torres y de los muros y de la mesnada del Rey, e correr con los caballos, y salir escuderos con espadas y con armas! Otrosí los

ribaldos a traer los palos y piedras, bien entendían los que veían que querían ganar los dineros que el Rey prometía a quien lo tomase. Mas el traidor pensó de andar y salir cuanto el caballo lo pudiese llevar; pero tantos iban en pos dél que lo alcanzaron y lo cercaron; y en tanto llegó un villano esforzado y traía una porra en la mano, y dexóse ir a él, y dióle una tal herida de través en los costados, que dió con él en tierra, y hubiéralo muerto si no se lo tiraran. Y luego el Rey, ante que lo levantasen, hizo traer al villano su haber, y después fué rico y bien andante.

Llegaron allí los del linaje de Macaire, y dixeron al Rey:

—Señor, bien sabes que nunca supimos de Galalón cuándo se armó para acorrer a Macaire, y si él hizo falta, toma por ello haber y pecharlo hemos bien.

Y el Rey les respondió que no hablasen más.

—Que por aquel Señor que tomó muerte en la Cruz, que no le dé por él el mayor haber del mundo; que antes lo arrastraré y lo haré ahorcar como a ladrón traidor.

Y luego mandó el Rey guardarlo muy bien y ordenasen el campo.

Mucho fué cuitado el traidor por Galalón, que era preso, y era su tío; y todos sus parientes estaban en el campo y las guardas otrosí estaban armadas. Y el Duque don Jaimes soltó el galgo y dixo:

—A Dios te encomiendo que te vengue de aquel traidor—y dexóle ir para Macaire.

Y Macaire, cuando lo vido venir, tomó su palo y cuidólo herir; mas el can se abajó y saltó al través y no le pudo dar, y dió tal golpe en el suelo, que más de un palmo entró en tierra; y el can andaba en derredor mirando por cuál parte podría trabar; y Nuestro Señor quiso mostrar ahí un miraglo, que quiso ayudar al galgo, porque tomase venganza de quien mató a su señor Auberin de Mondiser; y anduvo acechando hasta que le fué a trabar de la garganta, antes que el traidor le pudiese dar con el palo; y túvolo como a un puerco, que no se pudo partir dél, ca no era derecho que se encubriese la traición que él hiziera: y cuando vido que no le podía durar, dió grandes voces a las guardas, y comenzó a pedir merced al Rey. Y luego fueron Guillermo de Escocia, y el Aguel de Vardo, y Jofre de Vira, y Almerique de Narbona, y el Duque don Jaimes, y Bernaldo de Ustan, y todos los doce Pares; y fueron al galgo por se lo tomar; mas a duras penas le pudieron partir dél, y dixo Macaire:

—Señores, yo bien veo que soy muerto; mas si el Rey me quiere perdonar este yerro, yo vos diré la verdad.

Dixo el Rey:

—Yo no lo haré por su peso de oro, que no lo haga arrastrar, y después ahorcar,

Y dixo Macaire el traidor:

—Señor, bien veo que soy muerto y no puedo escapar, y por esto quiero vos decir la verdad. Cuando a Auberin vos diste la Reina a guardar y que la llevase a fuera del monte, yo fuí en pos de ellos armado de todas armas, por matar a la Reina Sevilla, y Auberin defendiómela; y herílo muy mal con la espada en la espalda derecha, y él estaba desarmado, salvo de su espada; y cuando la Reina lo vido todo sangriento, comenzó a huir por el monte; así que nunca la vi, ni la pude hallar; y así me ayude Dios, que tiene todo el mundo en poder, que más no hubo ni hay, y hállome muy mal de ello: pero no es maravilla que yo lo compre caramente. Ahora, señor, haced lo que vuestra merced fuere.

Y dixo el Rey:

—No sé qué haga; mas bien sé que de hombre de engaño y traición no hay quien se pueda guardar.

Y cuando aquello oyó el duque don Jaimes, a guisa de bueno, dió muy grandes voces y dixo:

—Señor, vedes aquí este hombre malo, falso y traidor, cómo no se pudo encubrir, pues él mató a Auberin; yo digo que merece pena de traidor.

Y dixo entonces el Rey:

—¡Ay, buen hidalgo! Porque lo probaste, ahora se parece y se puede entender por qué vos acusedes a este traidor.

Entonces mandó que le echasen una cuerda a la garganta y Galalón otra, y arrastrarlos con dos caballos, Y mandó que los truxesen por toda la ciudad

de París. Tal galardón merecen los que hacen traición. Y el Emperador mandó guardar el galgo por amor de su señor Auberín de Mondiser, que él mucho amaba; y fuése el can para el monumento donde estaba su señor enterrado, y echóse sobre él, y dexóse morir de enojo y pesar; y allí viérades mucha gente llorar de pesar; y comenzáronlo de mirar, y habían todos gran pesar. Y luego mandó el Rey envolver el galgo en un paño de seda, y mandólo soterrar junto al cimiterio de aquella iglesia, donde estaba enterrado su muy amado señor.

#### CAPITULO XI

DE CÓMO PARIÓ LA REINA SEVILLA UN HIJO Y FUÉ SU PADRINO EL REY DE HUNGRÍA.

**D**ICE el cuento que la Reina Sevilla y Baruquel anduvieron tanto por sus jornadas hasta que pasaron el Reino y fueron de la otra parte: y entraron en Hungría y fueron derechamente a Nueva, una buena ciudad, y posaron en casa de un burgués, que tenía una buena mujer de buena vida; hicieron harto servicio a la Reina; y cuando vino la media noche, llegó el tiempo de parir y comenzó ella a dar muy grandes voces, y llamaba a Santa María que la socorriese; y tantas voces dió, que despertó el huésped y la huéspedada, y

fuéronse para la Reina y llevaron consigo tres mujeres buenas que la ayudasen a su parto, y tanto trabajó que parió un hijo, muy hermosa criatura, que después fué Rey de Francia, así como adelante cuenta la historia. Y después que la Reina fué libre de su hijo, las mujeres envolviéronlo en un paño de seda muy bueno, y lleváronlo luego a Baruquel; y como lo vido, tomólo luego en sus brazos y comenzó a llorar, y desenvolviólo y hallólo una estrella en las espaldas, más bermeja que la rosa, y dixo Baruquel:

—Dios, por tu virtud y por tu bondad da tu gracia a esta criatura que tanto es pequeña, porque aún sea señor de Francia, que es su Reino.

E cuando amanesció, el burgués, que era hombre bueno, vino ante la Reina y saludóla humildosamente y dixo:

—Dueña, conviene que este niño se lleve a la iglesia y sea bautizado.

Dixo la Reina:

—Sea como tuvieres por bien. Dios vos agradezca el bien que me hiciéredes.

Y Baruquel tomó el niño en sus brazos, y el huésped y su mujer fueron con él. Pero ahora oíd la ventura que Dios le quiso dar. El Rey de Hungría había gran tiempo que moraba en aquella ciudad; y levantóse de mañana para ir a caza con su compañía, y cabalgó y hallóse en la calle con la huéspedada, que él amaba mucho, y díxole:

—¿Qué es esto que llevades?



Ella dixo:

—Señor, un niño que ha poco que nació, que es de una dueña de muy luenga tierra, y anoche la albergamos por amor de Dios y buscamos padrinos que lo hagan cristiano.

Dixo el Rey:

—No vades más adelante por eso, que yo seré su padrino y criarlo he.

Dixo la huéspeda:

—Señor, Dios vos dé por ello galardón.

Y fuéronse a la iglesia, y posáronse alrededor de la pila, y tomó el Rey el niño en las manos; y cuando le vido la estrella en las espaldas, humillóse contra ella y dixo:

—Señor Dios, bien veo que de alto lugar viene esta criatura; hijo es de algún Rey honrado.

Y luego llamó el Rey al huésped, que decían Josaran, y mandóle que guardasen bien aquella criatura, que por ventura podría ser por él muy honrado.

Y dixo Josaran:

—Señor, ¿cómo habrá nombre?

—Dixo el Rey:

—Díganle Luis, como a mí; ca bien creo que es hijo de algún Rey honrado; por eso quiero haya nombre como yo, porque haya honra y bondad.

Y después que fué bautizado, el Rey le mandó dar cien libras de plata, y dixo al huésped que cuando el niño fuese tamaño que pudiese andar que se lo llevasen a la Corte, y que le haría criar honrada-

mente, y que le daría cuanto hubiese menester: paños, y dineros, y caballos.

E despidióse el huésped del Rey y fué para su casa; y Baruquel se lo contó a la Reina Sevilla todo, como aconteciera, y cómo el Rey de Hungría era padrino de su hijo, y que él lo tomara en las manos a la pila.

Y cuando la Reina lo oyó, sospiró fuertemente y tomóse a llorar contra Dios, y dixo así:

—Señor Dios, ¡qué gran mal me ha hecho mi señor, el Rey de Francia, por el enano traidor que me quisiera escarnecer!, mas después que hubiere mucho mal padecido, si placer de Dios fuere, Él me vengará y después me dará honra, si por bien tuviere, ca yo en Él tengo mi esperanza.

Mas muy gran pesar había la Reina, porque echada de su tierra, ajena donde ni amigo ni pariente no tenía, mentaba a Carlo y Francia, y dixo la Reina:

—Mezquina como soy, echada en gran pobreza; si de buena ventura fuese en París, debiera ahora yo yacer en mi rica cámara y en el mi rico lecho y ser guardada de dueñas y doncellas y haber caballeros sirvientes que me sirviesen. Y maravillome mucho cómo Dios no ha duelo de mí, mas Él haga de mí a su placer y a Él me encomiendo de todo corazón, y ruégole que haya merced de mí, que mucho so mal doliente de aquel parto que allí hube.

La Reina le duró bien doze años, que nunca se levantó de una cama y sufrió mucha cuita y mu-

cha lacería. Y el huésped y sus mujeres hacíanle cuanto bien podían; y Baruquel pugnaba en servir al burgués en sus caballos y en sus cosas de casa.

## CAPITULO XII

CÓMO EL REY DE HUNGRÍA MANDÓ QUE MOSTRASEN A LUIS, SU AHIJADO, EN TODAS BUENAS MANERAS QUE PERTENEZCAN A CABALLERO, Y DE CÓMO UNA HIJA DE SU HUÉSPED LE REQUIRIÓ DE CASAMIENTO.

**E**N gran cuita y en gran dolor estaba la Reina en todo aquel tiempo; y el niño creció tanto, que fué muy hermoso doncel; y Baruquel le dixo:

—Hijo, sabed por cierto que el Rey señor de esta tierra es vuestro padrino y él vos sacó de la pila. E cuando esto acaeció, dixo que cuando fueses tal que pudieses andar, que vos llevásemos a su Corte.

Dixo el niño:

—Padre, me place que es doliente, pero yo esperanza tengo que Dios le guarescerá.

Y fuéronlo a decir a la madre.

Y cuando ella lo oyó, fué muy alegre, y llamó a Josaran, su huésped, y díxole:

—Buen amigo, yo vos ruego que presentedes mi

hijo al Rey, y vaya con vos Baruquel, que lo lleve.

Y dixo Josaran:

—Señora, de hacer tengo vuestro mandado.

Entonces lleváronlo a la Corte del Rey, y cuando fueron ante el Rey, humilláronse mucho y díxole:

—Señor Rey, aquel que vos hizo, vos dé vida y salud.

Y el Rey los recibió muy bien y preguntóles por su venida.

Y dixo Josaran:

—Señor, este mozo ha a vos algún parentesco.

Y dixo el Rey:

—Bien, es mi ahijado; ¿y vuestro otrosí?

Y dixo Josaran:

Vedes aquí a Baruquel, su padre, así como él me dice.

Y el Rey miró a Baruquel, y rióse porque le vido negro y de tan fuerte catadura que no le semejaba nada el niño.

Y dixo el Rey:

—Josaran, grandes mercedes del ahijado que me criaste de luengo tiempo, y bien vos será galardonado si yo vivo algún tiempo.

Y luego llamó a un hombre que era muy honrado, que había nombre el Mandado, y díxole:

—Mando vos que hayades este niño en guarda, y le enseñedes todas buenas costumbres y crianzas y maneras que a caballero pertenesce.

Y respondióle que lo haría de grado.

Y el niño quedó con él, y iba a menudo a ver a

su madre, y al burgués, y a su mujer. E guardaban y servían a la Reina Sevilla y hacíanle cuanta honra podían. Y el burgués tenía dos hijas muy hermosas: la una había nombre Belisarte; ésta era la mayor y la más hermosa y amaba mucho al doncel, y decíale muchas veces:

—Buen doncel, vos y yo nos criamos en uno muy viciosos. E vos bien sabedes que vuestro padre Baruquel traxo aquí vuestra madre muy pobre y sin nada. Por ende, tomad mi consejo y no vos vades más adelante; mas casaos conmigo y teneme por mujer y seréis muy rico para siempre y no vos fallerá cosa del mundo, que sed cierto que no hay cosa en el mundo que tanto ame como a vos.

E dixo el niño:

—Vos, dueña, sois muy hermosa a maravilla, y muy rica; y yo soy pobre, que no tengo cosa ninguna, y mi madre no tiene otro consejo sino a Baruquel, mi padre, que la sirve. Y vuestro padre me crió por cortesía, que nunca por mí hubo cosa alguna; mas si Dios me llegase a algún tiempo, yo le daría buen galardón, mas guardad os, amiga, no me digáis tal cosa que lo entienda alguno.

Y cuando la doncella lo oyó fué muy desmayada y muy cuitada del amor que tenía al doncel; mas el doncel no se le daba nada por ella, ni la presciaba, y fuése para la Corte a servir ante el Rey.

E dábale Dios tal ventura y tal gracia con el Rey y con los caballeros y escuderos y dueñas y doncellas, que lo amaban mucho. Y salió tan buen caba-

llero y tan cortés y tan enseñado, que era maravilla; en tal manera, que todas las gentes lo amaban y lo preciaban mucho por su bondad y por su cortesía.

### CAPITULO XIII

CÓMO ORDENARON SU PARTIDA BARUQUEL Y LA REINA CON LUIS, SU HIJO, Y CÓMO FUERON SALTEADOS DE DOCE LADRONES.

C UANDO Baruquel vido que ya estaba sana la Reina, díxole llorando:

—Señora, nos habemos morado aquí luen-go tiempo; por Dios, pues vos sois ya guarida a Dios gracias, y vuestro hijo es grande y tan hermoso, procuremos de nos ir y será bien y llegaremos al Emperador vuestro padre, y quiérola hacer saber a vuestro hijo cómo es hijo del Rey de Francia. Y sé que vuestro padre que habrá muy gran pesar de la villanía que contra vos hizo cuando vos echó de la tierra a gran sin razón por consejo de los traidores.

Y dixo la Reina:

—Haré cuanto me decís, que es bueno.

Entonces llamó la Reina a su hijo Luis, y díxole:

—Amigo, hijo mío, si vos quisiédes, yo querría irme a Constantinopla, donde mora mi padre y mi linaje, que son muy ricos y muy honrados.

Dixo el niño Luis:

—Señora, presto soy para hacer lo que mandares, y aun querría yo que fuésemos fuera de aquí.

Y luego hizieronlo saber al huésped, y el huésped dijo a la dueña:

—Señora, veis aquí vuestro hijo, que es tan hermoso y tan bueno, y creer que lo amo mucho, que es mi ahijado, y bien creo que me verná bien dél, que así me lo dice el Rey. Mas pues así vos os queréis ir, tomad de mis bienes cuantos hubiéredes menester.

Y díxole Baruquel:

—Señor, muchas mercedes; y si yo vivo luengo tiempo, todo vos será bien galardonado.

Entonces truxeron una mula para la Reina, y el doncel se fué a despedir del Rey y tornóse para su madre y fuese con ella. E iba Baruquel delante con su sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, grande y bien herrado, y desde que lo vido el niño Luis, rióse. Y así entraron en su camino y anduvieron tanto por sus jornadas, hasta que llegaron a un monte en el cual había siete leguas en ancho y otras tantas en luengo, donde no había villa, ni castillo, salvo una ermita de muy grandes virtudes; y andaban por aquel monte doce ladrones que hacían mucho mal a los caminantes que por allí pasaban. Y Baruquel, cuando vido y oyó las aves cantar a muy grandes sabores, así que el monte reteñía muy lexos, comenzó de cantar, a muy grandes voces; y cuando los ladrones lo oyeron así cantar, llegaronse al ca-

mino. El mayor de ellos había por nombre Patremais; y éste llamó a sus compañeros y díxoles:

—Amigos, yo no sé quién es aquel que canta; mas muy grande mal hace cuando tan cerca de nosotros canta, que por cierto no le guarezca cuanto oro y plata hay en el reino de Francia que no tome muerte.

Y luego se aderezaron y sacaron las espadas de las vainas; y esperaron hasta que vieron venir a la Reina, y a Luis y a Baruquel. Y cuando el mayor vido a la Reina, cobdicióla en gran manera, que era la más hermosa dueña que nunca jamás viera, y dixo a sus compañeros:

—Por Dios, gran bien nos vino, que habré yo la dueña y después dar vos la he a vosotros; y el doncel y el villano matar los hemos.

Y luego comenzaron a dar muy grandes voces y a decir:

—¡Ay, villano, en mal punto vos tomaste a cantar, que perderéis la cabeza y nos haremos de la dueña nuestra voluntad!

E cuando esto oyó Luis, sacó su espada de la vaina, y desque le vido Baruquel, díxole:

—Hijo, no desmayéis, que no los precio nada.

Y tomó el bordón con ambas manos, y dió tal herida al primero, que lo derribó delante de sí y lo mató. E luego hirió al otro de manera que cayó muerto, y dió grandes voces, y dixo:

—Ladrones, no llevaréis la dueña así como pensáis, que primero tomaréis la muerte.

Y dixo la dueña.

—¡Ay, Santa María, ayuda a Baruquel y a mi hijo Luis, que estos ladrones no los puedan mal hacer!

Cuando los ladrones vieron a su señor muerto comenzaron a huir; mas Baruquel, con su bordón, no les daba vagar, y él mató los seis, y el doncel, con su espada, mató cinco, y el otro quedó vivo porque pidió merced a Luis, las manos juntas y los hinojos hincados, que no lo matasen, y dixo:

—¡Ay, buen doncel! Por amor de Dios vos pido por merced que hayáis de mí duelo, que no me matéis, y si me dexáis la vida, vuestra pro será, y decir vos cómo no hay tesoro en el mundo escondido, ni mula, ni caballo que yo no lo saque donde está, y vos lo diré si con vos me lleváredes.

En aquesto vino Baruquel corriendo y dió grandes voces, y dixo:

—¿Qué es eso, Luis? ¿Por qué no matéis ese ladrón?

Y dixo:

—No lo haré, padre, si mantiene lo que me prometió, que dice que no habrá tesoro encerrado que él no me lo diese; otrosí caballos y mulas.

Y dixo Baruquel:

—Hijo, nunca fíes en ladrones, que aquel que lo quita de la horca, a ése mata más aína.

Dixo Luis:

—No sea así; mas veamos qué nos vendrá dél.

Y dixo Baruquel al ladrón:

—¿Cómo has nombre? No lo niegues.

Respondió y dixo:

—A mí dicen Guiomar.

Dixo Luis:

—Por Dios, astroso nombre tienes; mas si tú anduvieres bien conmigo, tú harás de tu pro.

Dixo Guiomar:

—Así Dios me ayude, que no hay cosa que me digáis que no haga por amor de vos ni que dexé de hacer por saber morir.

Dixo el infante:

—Amigo, yo te lo agradezco, que mi madre está muy cansada y muy cuitada que ha menester de holgar, que es muy tarde.

Dixo Guiomar:

—Señor, este monte dura mucho, que más habemos de andar de cuatro leguas antes que lo pasemos, que no hallaremos villa ni castillo; mas cerca de aquí está una ermita do podemos ir por un sendero que yo vos mostraré, y ahí está un ermitaño muy buen hombre que muchas veces fuimos allá por lo matar; mas así lo guardaba Dios, que siempre nos hizo tornar y no podíamos llegar a la ermita; y el ermitaño es hermano del Emperador de Constantinopla, y ha nombre Ricardo. Este Emperador tiene dos hijos, los más hermosos del mundo; y el uno es caballero muy bueno, que no se halla par; y la otra es una hija, la más hermosa dueña del mundo, y casóla con el Rey de Francia, que dicen Carlos.

Y cuando Baruquel oyó hablar del ermitaño y del Rey Carlos, miró a la Reina y vídola llorar de recio, y díxole:

—Señora, no lloreis; siquiera por amor de vuestro Luis, encobrir vos conviene; mas comencemos de andar y veremos a vuestro tío.

#### CAPITULO XIV

CÓMO GUIOMAR, EL LADRÓN, LOS LLEVÓ A UNA ERMITA  
A DO ESTABA UN ERMITAÑO, QUE ERA TÍO DE LA REINA  
SEVILLA.

**A** sí, se fueron por el sendero que el ladrón sabía, y Baruquel iba siempre a par de la Reina; y tanto que llegaron a la ermita, vieron la casa del ermitaño y la puerta, que era muy pequeña, y a la entrada había una campanilla colgada en una finiestra, y Baruquel tocó la campanilla; y el ermitaño, que estaba en oración, maravillóse cuando oyó llamar, porque muy gran tiempo había que estaba allí en aquel desierto y nunca en aquel tiempo había visto ni oído persona alguna, sino las bestias fieras que por ahí andaban, por lo cual fué muy turbado pensando que era alguna tentación del diablo; empero, tornó en sí y encomendóse a Dios y a Santa María su Madre, a quien era muy devoto, y salió fuera. Y cuando

vido a la Reina, y a Luis, y a Baruquel, y al ladrón, maravillóse mucho en gran manera, y díxoles:

—¿Qué gente sois? ¿Qué demandáis? Que no llevaréis de mí valía de un dinero, antes seréis muertos todos, que aquí andan ladrones que tienen los senderos, que no podéis escapar uno ni otro.

Dixo Luis:

—Señor, nos hecimos de ellos justicia acá donde venimos.

Dixo el ermitaño:

—Vos hiciste en ello gran bien y gran limosna; mas de una cosa me maravillo: que bien ha treinta años, a mi pensar, que no vi por aquí hombre ni mujer, sino a vos; mas, ¿quién es aquella dueña tan hermosa?

Dixo Luis:

—Esta es mi madre, y éste es mi padre, y éste es nuestro hombre; albergadnos por Dios y haréis en ello gran limosna.

Dixo el ermitaño:

—Yo no tengo avena, ni heno, ni cebada, ni otra cosa de comer, salvo un pan de ordio, y no tengo ropa ni cama en que vos pueda albergar.

Dixo Luis:

—Señor, Aquel que le dió a Moisés en el desierto lo que hubo menester, nos dará, si la vuestra merced habemos.

El ermitaño les dixo:

—Venid adelante y tomad cuanto yo tengo.

Y desde entraron en la ermita, el buen hom-

bre, que era de buen entendimiento y de alto linaje, llamó a Luis aparte y díxole:

—Buen doncel, comeréis del pan como yo lo daré a vos y a vuestra compañía.

Dixo Luis:

—Señor, sí; muchas gracias.

Y luego el ermitaño entró en su celda y sacó un pan de ordio y de avena, y no lo quiso partir con su cuchillo, mas partiólo con las manos e hizo dél cuatro partes y dió a cada uno la suya.

Y cuando hubieron comido, la Reina Sevilla llegóse al ermitaño y comenzó a hablar con él, y dixo:

—Señor, aconsejadme, que mucho lo he menester.

El ermitaño le dixo:

—Dueña, ¿dónde sois y de qué tierra venís?

Dixo ella:

—Señor, yo no vos negaré la verdad. Yo soy natural de Constantinopla y soy hija del Emperador y mujer de Carlos, Emperador de Francia, que me demandó por mujer; y envióme ricamente mi padre con muchos altos caballeros y muchos ricos hombres que fueron conmigo; y túvome un año consigo, y echóme de su tierra por mezcla de traidores parientes de Galalón. Así me salve Dios, señor, como así fué la verdad como vos digo, que me resolvieron traidores. Y el Rey Carlos me dió entonces un caballero que me guiase, que llamaban Auberin de Mondiser, y era muy leal y muy cortés; y vino Macaire tras nos por me escarnecer si pudiera;

mas Auberin pugnó en me defender con su espada; mas el traidor estaba armado muy bien, e hiriólo, que lo mató. Y cuando esto vi, metíme por el monte y comencé a huir; y así anduve toda la noche hasta el alba, que hallé este hombre que vos aquí vedes estar; y cuando lo vide, contéle toda mi angustia y tomóse a llorar y hubo dolor de mí, y desamparó su mujer e hijos y vino conmigo por me guardar y servir. Señor, no vos puedo contar las jornadas que habemos andado; pero venimos a Hungría y posamos en casa de un hombre muy bueno a quien Dios dé vida, y en su casa parí a Luis, que aquí veis, que es mi hijo y del Rey Carlos de Francia, y es nieto del Emperador de Constantinopla.

Y cuando el ermitaño oyó así hablar a la Reina Sevilla, sospiró muy recio, y tomóse a llorar, y dixo:

—Dueña, vos sois mi sobrina, y no pongáis en ello dubda; pero yo vos diré qué hagáis. Conviene que vos holguéis aquí, e yo iré al Apostólico de Roma, y darle he desto querella, y contarle he todo vuestro hecho, y él porná sentencia de excomunióon sobre el Rey Carlos si vos no quisiere recibir; y después iré a vuestro padre el Emperador, y contarle he todo esto muy largamente, y hacerle he luego llegar sus huestes e iremos a guerrear a Francia; y si Carlos no vos quisiere recibir, no le fallerá guerra, de manera que le echemos de su tierra con mucha deshonra; y quiérome partir de esta ermita y tornarme al siglo a traer armas; y

el trabajo que hasta aquí recibí todo lo quiero dexar y pugnar en vos tornar en vuestro reino.

Y luego llamó a Baruquel, y díxole:

—Convienes que vamos a un castillo, que es cerca de aquí, a buscar de comer.

Dixo entonces Baruquel:

—Señor, yo iré más aína.

Y cuando la Reina oyó hablar al ermitaño, comenzó a llorar con grande alegría; y luego se aderezó Baruquel, que había grande gana de comer. Guiomar se adelantó y dixo:

—Yo sabré mejor ir que vos a traer de comer de lo mejor que hallare.

Y dixo el ermitaño:

—Pues id, y no tardéis.

## CAPITULO XV

CÓMO ENVIARON A GUIOMAR, EL LADRÓN, QUE LES  
TRAXESE DE COMER.

**G**UIMAR tomó sus dineros y fuése su camino; y antes que llegase al castillo, untóse su rostro y fuése por la montaña cuanto más pudo, hasta que llegó al castillo, y fuése para donde vendían el pescado; y no llevaba más de diez sueldos; y fué a tomar un salmón, y dixo Guiomar:

—¡Ay, Dios, qué haré que no tengo más de diez

sueldos, y no lo puedo haber por los dineros que querría!

Y ayuntóse con un pilar, y juró que antes que viniese la mañana habría cuantas cosas hubiese menester; y llamó a un mozo en poridad, y díxole:

—Amigo, ¿cuál es el más rico hombre de este castillo?

Y díxole que era un hombre que moraba en unas casas que tenía unas manzanas doradas sobre su casa.

Y luego se partió de allí, y sacó tres granos de su bolsa, no sé de qué, y tomólos entre los dientes, y untóse su rostro y cuello, y paróse negro como la pez, y tomó un palo y comenzó de coxear; y fuése a casa del rico hombre, y abrió el un ojo y cerró el otro y hallólo a su puerta posado con su mujer y sus hombres delante, y abaxó la cabeza y dixo en su lengua:

—Señor, por aquel Dios que del agua hizo vino, que me alberguéis esta noche.

Y el rico hombre mirólo, y desque lo vido feo y ligado, díxole:

—Tírate, dende [duende] malo, y vete; si no, de palos te haré dar.

Y dixo la mujer:

—Señor, albergadlo esta noche, y mañana váyase.

Y dixo el rico:

—Antes lo quiero ver ahorcado; ¿cómo queréis que me lleve mis paños y dineros?

Y dixo Guiomar:



—Señor, porque ganáis gran pecado, que ya vedes que soy contrecho, tanto que con cincuenta marcos de plata no me podré tener sobre mis pies sin un palo.

Y dixo la dueña:

—Amigo, albergar vos han.

Y dixo Guiomar:

—Señora, Dios haya de vos piedad.—Y dixo entre sus dientes, que ninguno se lo entendió—: Para Sant Pedro de Roma, que antes que mañana a medio día venga, haga al rico hombre ser sañudo.

Y entonces lo metieron dentro, y hiciéronle un lecho muy pobre. Y después que se echaron el rico hombre y su mujer, Guiomar no dormía, mas antes escuchaba cuanto podía; y cuando entendió que todos dormían, a la media noche comenzó a hacer sus conjuros, y fueron todos adormidos en tal manera que les podían cortar las cabezas; y tomó una candela ardiendo en la mano, y miró por la cámara, y fué a un armario que estaba abierto ya por su encantamento; y tendió un paño de oro que ende halló, y envolvió en él cuanto haber halló; y dixo en su corazón: «Este presentaré a la Reina». Y luego se fué para una cueva que sabía muy encubierta, y escondió su fardel con cuanto traía; y compró luego buena ropa por se hacer desconocer, y llevó de los dineros para comprar de comer; y lavó su rostro y su cuello, y fuése para el castillo, e oyó el ruido por toda la villa y la plaza.

Y el rico hombre y su mujer comenzaron a dar

grandes voces, y ayuntáronse todos ellos, y comenzóles a decir:

—¿Vistes anoche el contrecho que pasó, que se hacía que no podía andar? Ese me ha hurtado todo mi haber, mala ganancia le venga, y ahora no sé adónde le vaya a buscar.

Y los pobres agradecieronlo mucho a Dios porque los despechaba mucho.

Y fuése Guiomar contra el rico hombre, y dixo:

—Señor, ¿qué es esto que me dixerón? ¿Fué este contrecho que por aquí pasó anoche el que vos robó la casa, que me semejaba que a mala ves podía llevar el bordón? Por eso no se debe hombre fiar en penitencial.

Y dixo el rico hombre:

—Amigo, asaz pesar tengo, pero no sé qué me haga.

Y Guiomar se tornó, y no quiso más ahí estar; y fuése al mercado a comprar de comer pan y pescado y de lo mejor que halló y dos barriles de vino; y fuése para la cueva donde había dexado su fardel con todo su haber.

CAPITULO XVI

DE LA CUITA Y HAMBRE QUE PASARON LA REINA,  
Y SU HIJO, Y BARUQUEL.

**M**UCHA era la hambre que pasó la Reina Sevilla aquella noche, y Luis y Baruquel; que como estaban cansados del camino y no habían comido sino aquel poco de pan de ordio que les había dado el ermitaño, aquexábales mucho la hambre, y salían muy a menudo al camino por donde había ido Guiomar, y veían que no venía. Y cuando fué puesto el sol y la noche venida, entráronse todos a la ermita y mirábanse todos unos a otros; y gran pesar había Baruquel por su señora la Reina, que tal pena padecía; y con saña dixo a Luis:

—Así Dios me salve; fuertemente lo errastes en dexar aquel ladrón malaventurado; ca bien vos lo digo que, si en encuentro me cayera, yo le diera tal golpe con mi bordón que nunca otra vez hiciera otro tanto; y bien vos dixes que nunca creyeses del ladrón cosa ninguna, e vos rectabades de ello.

Y dixo Luis:

—Por ser piadoso de muerte; mas como vos fias-tes dél todos.

Y dixo el ermitaño:

—La culpa fué mía en lo conocer por tan malo, y fiar dél y de sus palabras.

Y todos dixeron en esta manera.

Y salió Baruquel fuera, y cuidaban los otros que lo iba a buscar para lo matar; ca bien sabían cierto que si con él encontrase, que le demandaría cuenta de los dineros que había llevado. Y Baruquel se fué a un prado antes que viniese la noche; y con las manos arrancó de las yerbas, y hizo un gran haz, y tomólo a cuestras, y vínose para la ermita; y entró dentro e hizo una cama en que se echase la Reina y Luis; y así pasaron aquel día y aquella noche sin comer ni sin beber.

E desque el día fué venido, levantáronse y comenzaron de pensar en lo de antenoche; de cómo les había burlado Guiomar; y eran sin pan y sin vino. Mucho estaban desconsolados, que maguera poco dinero, les hacía gran mengua. Y el ermitaño rogaba a Dios que diese mala ventura a Guiomar, y la dueña decía que él fuese mal andante, que tan poco dinero hacía tan grandé mengua; y codiciaba Baruquel otra vez topar con él.

Luis dixo:

—Pues aún no me pesa porque no lo maté, que aún no puedo tener mal corazón.

## CAPITULO XVII

DE CÓMO GUIOMAR LES TRAXO DE COMER Y HOLGARON MUCHO, Y CÓMO EL ERMITAÑO DESCUBRIÓ A LUIS CÓMO ERA HIJO DEL REY DE FRANCIA.

**G**UIOMAR se fué a la cueva donde había dexado el su fardel, y tomólo todo; y echóselo a cuevas y fuese a cuanta más priesa pudo; y a la entrada de un prado halló un villano con un asno, y díxole:

—Amigo, véndeme este asno.

Y el villano le dixo:

—No trabajedes en ello, que no vos lo daré por cuanto dinero vos tenéis.

E cuando Guiomar lo oyó, hubo muy grandísimo pesar, y llegósele a la oreja y díxole dos cosas de encantamiento, tales que el villano se adurmió y cayó en tierra amortescido sin sentido ninguno. Y luego tomó Guiomar el asno y derribóle la leña y echóle encima el fardel y todo lo que llevaba, y tomó el aguijón en la mano, y dixo:

—Anda, anda adelante, que Dios te guarde.

Y fuése a la ermita, do era muy deseado de los que le esperaban.

Y como Luis lo vido venir, conosció que era él, y dixo:

—Yo veo venir a Guiomar, y seméjame que trae un asno cargado.

Y salieron a él, y dixerón que bien fuese venido.

Y dixo él:

—¿Cómo me hablades? Mas, según yo pienso, habéis gran hambre, pero bien tenéis de comer. ¡Mal grado haya el rico hombre!

Y cuando descabalgó, fué bien rescebido, y fueron todos muy alegres, y descubrieron las copas de oro que llevaba, y Guiomar presentólas a Luis, y dixo:

—Amigo, si me mataras, no hubieras esto.

Y presentó un rico paño a la Reina. Y dixo Barruquel:

—Amigo, ¿de dónde huòiste esto? Nunca vi tan buen ladrón como tú eres.

Y Luis llamó a Guiomar aparte, y díxole:

—¿Dónde hubiste esto? No me niegues la verdad; pienso que debiste de matar alguno, o robaste algún Monesterio.

Dixo Guiomar:

—Señor, yo vos diré la verdad. Yo nunca maté ningún hombre; mas Dios, que tiene el poder, me las dió, y traxe vos las de grado; por eso no lo dexedes.

Y dixo el ermitaño:

—Amigo, no lo dexaremos; antes lo tomaremos de buen grado.

Dixo Guiomar:

—Vos tenéis buen seso; nunca vi tan buen ermitaño como vos.

Y luego Baruquel hizo gran fuego y guisó bien de comer, y asentáronse la Reina y el ermitaño, y Luis y Baruquel, y comieron todos en uno; y Guiomar comió aparte; y súpole bien el pan al ermitaño, que había treinta años que no lo había comido, y díxoles:

—Ya no quiero ser más ermitaño; quiérome ir con vosotros y ayudar vos he cuanto pudiere.

Y después que hubieron comido y bebido de su espacio, alzaron la mesa y abrazó el ermitaño a Luis, y dixo:

—¡Ay, Dios! ¡Cuán gran mal hizo el Rey de Francia a mi sobrina, su mujer, y la echó de su tierra preñada del infante! Así, Francia quedará sin heredero, y fuera gran peligro.

En tanto que el ermitaño esto decía, adormióse Luis en su regazo. Y el ermitaño, cuando lo vido adormido, despertólo, y cuando se vió el cuello mojado y la cara, miró al ermitaño y vido que lloraba, y díxole:

—Señor, por Aquel que tomó muerte en la Cruz por los pecadores salvar, que me digades por qué lloráis.

Y dixo el ermitaño:

—Buen hijo, yo vos lo diré. Vos pensades que Baruquel, este villano, es vuestro padre, y que él vos engendró; mas no es así, que vos sois hijo del Rey de Francia, y vos sois echado del Rey a gran

traición y vos lo debéis de heredar; y digo vos lo porque sepades que sois mi sobrino verdadero.

Dixo el infante al ermitaño:

—Señor, consejadme qué haga, pues que así es, y creed que nunca os falleceré mientras el alma tuviere el cuerpo.

Dixo el ermitaño:

—Yo cuido con mi cuerpo hacer guerra al Rey de Francia, vuestro padre, si os quisiere desheredar.

Y luego echáronse en aquello que el ermitaño tenía, y durmieron toda la noche.

#### CAPITULO XVIII

DE CÓMO FUERON AL PADRE SANCTO, Y EL PADRE SANCTO, CON ELLOS, FUERON A CONSTANTINOPLA AL EMPERADOR, Y EL EMPERADOR AYUNTÓ SU HUESTE Y FUÉ A HACER GUERRA AL REY DE FRANCIA, SU YERNO.

EN la mañana aderezáronse para andar, y anduvieron tanto, que llegaron al Apostólico; y el ermitaño contóle todo el hecho de la Reina Sevilla a él y a los Cardenales; cómo mezclaron la traición los traidores y cómo la echaron de Francia sin razón.

Y cuando el Apostólico lo oyó, tomóse a llorar de pesar; y luego, el ermitaño y la Reina y Luis

y Baruquel y Guiomar entraron en una galera, y corrieron por la mar hasta que llegaron al puerto de Constantinopla, e hicieronlo saber al Emperador Ricardo.

E cuando lo oyó, saliólos a rescebir lo más hondamente que él pudo; mas cuando vido a la Reina de Francia, su hija, fué muy maravillado, y dixo sospirando:

—¡Santa María!, ¿no sois vos mi hija Sevilla, que yo tanto amaba?

Dixo ella:

—Padre, yo soy vuestra hija, verdaderamente.

Entonces la abrazó y la besó su padre, y comenzó a llorar, y dixo:

—¿Cómo fué esto, o cómo vos dexó venir Carlos, vuestro marido, tan sola y tan sin compañía, que no viene con vos caballero ninguno ni otra compañía?

Y ella dixo:

—Padre, señor, sabed que él me echó de su tierra muy abiltadamente.

E luego contóle al Apostólico todo el hecho, como se lo contara el ermitaño.

Y cuando el Emperador lo oyó, hubo muy grandísimo pesar de ello, y fué a Luis y besólo muchas veces, y dixo:

—Gran pesar me ha hecho vuestro padre, y mal mantuvo lo que prometió, que así echó mi hija abiltadamente; sabed que no lo hizo bien. Y siquiera por amor de Dios debiera sufrir alguna cosa, y no

fallescer lo que conmigo puso; y sé que mi hija ha pasado gran lacería y gran cuidado a sin razón.

Dixo la Reina:

—Por Dios, señor, así fué; que si no fuera por Baruquel, este hombre bueno, yo nunca a vos viera ni a mi madre.

Y dixo el Emperador:

—Hija, bien vos lo creo, que mucho mal habéis pasado; mas por aquel Apóstol Sant Pedro de Roma, que jamás mi merced fallezca a Baruquel en todos los días de mi vida.

Dixo el ermitaño a muy grandes voces:

—Señor, haced llegar vuestras gentes; que vengan con vos cuantos supieren tomar armas, y iremos sobre Francia, ca cierto yo fuí ermitaño bien treinta años, y sufrí mucha lacería y mucho afán; mas ahora me quiero tornar al primer estado, por facer a mi sobrina galardonar su derecho, y si me hallo con aquel viejo de Carlos, y a mi sobrina no quisiere recibir por mujer lealmente, yo le haré perder la cabeza.

Y el Emperador dixo:

—Vos decís bien, e yo vos lo prometo que así será, si Dios quisiere, que nos moveremos e iremos derechamente para París.

E hizo el Emperador cuanta honra pudo al Apostólico de Roma y a toda su compañía, y túvolos bien viciosos; y mandó pregonar por toda su tierra que viniesen peones y caballeros luego a la ciudad de Constantinopla; y el Almirante de camino fué

con él en los primeros; otrosí, el Alferez de Chamenia, con diez mil de caballo bien aderezados; en toda Roma no quedaron caballeros ni escuderos que armas supiesen tomar, que todos no vinieran.

Y así, había naos y galeas cuantas quisieron. Y luego, el Emperador, sin detenimiento, entró en la mayor nave; y el Apostólico y la Reina y el Infante y el ermitaño y Baruquel y Guiomar entraron todos en ella; y cuando fueron todos bien aderezados, movieron de allí al alba del día, y alzaron sus velas, y fueron su viaje, y anduvieron tanto que llegaron al puerto de Venecia; e hicieron sacar caballos y mulas y viandas y cuanto ahí traían, y holgaron en aquellos prados.

Al cuarto día movieron de allí y fuéronse para Lombardía, y pasaron los montes sin detenimiento, y fueron a posar a San Miguel de los Vados, y salieron por los valles de Moriana; y anduvieron tanto por sus jornadas, hasta que llegaron a León de sobre el Rono, una buena ciudad, y entraron en el Reino de Francia por deshacer el Rey Carlos, y destruyéronle la tierra por el mal que hizo a su mujer. Y fueron quemando y robando villas y ciudades, y tomando fortaleza por toda Francia. Y después destruyeron a Borgoña y tomaron el haber de la tierra, tanto, que maravilla era, y después no hallaban villa ni castillo que se les defendiesen.

### CAPITULO XIX

DE LA BATALLA QUE HUBIERON EL EMPERADOR Y LUIS, SU NIETO, CON DON ALMERIQUE, DUQUE DE NARBONA.

**E**L duque don Almerique de Narbona movió de su ciudad, e iba para el Rey Carlos y llevaba consigo mil caballeros. Y con él iban sus hijos, que eran muy corteses y buenos caballeros; otrosí, Guillen de Orienguana, y aun moros que eran muy buenos guereadores de España y Gavelois, y el conde Mares, que era muy palaciego. Y porque este Almerique tenía parada su tierra con el Rey de Francia, ibale a ayudar a tierra. Y cuando hallaron la grandísima hueste de los griegos, llegáronse aína con don Almerique, y comenzáronlo a llamar a muy grandes y muy altas voces, la seña del Rey Carlos que llevaban, y Almerique que los caudillaba, iba delante. Y Luis, desque lo vido, dexóse ir para él y dióle una gran lanzada en el escudo, que lo había pintado de flores; don Almerique hizo otro tanto, y se hirieron de las lanzas tan recio, que se derribaron de los caballos en tierra. Y levantáronse y sacaron las espadas de las vainas; mas el duque don Almerique, que era muy cortés, llamó a Luis y díxole:

—Señor, por Dios, decidme quién sois ante que peleemos.

Y dixo Luis:

—Señor, no vos lo negaré; sabed que soy hijo del Rey Carlos y de la Reina Sevilla, su mujer, que él echó de su tierra, y ahora viene el tiempo que lo vengue. Y mi madre está en la hueste, y su padre tornóla a Francia para la entregar al Rey mi padre; y si recibir no la quisiere, tal guerra le harán, que no la pueda durar.

Y cuando el duque lo oyó, comenzó a sospirar, y dixo:

—¡Ay, Dios, tú seas bendito, que yo hallé a mi señor, pero no sé su nombre!—Y después de esto, dixo—: Señor doncel, no dudéis que no vos fallaré mientras que yo viva, y luego quiero ser vuestro con mis hijos y con cuanto yo tuviere, que yo soy el Almerique de Narbona, y quiero vos dar por mujer a mi hija Blanca Flor, ca a mejor hombre no la puedo dar.

Y dixo Luis:

—Por Dios, señor, esto vos agradeceré mucho si mi madre lo otorgare.

Mucho fué alegre el Almerique cuando se conosció con el Infante Luis, y encomendóse a él y a toda su tierra. Y don Almerique fué luego a ver a la Reina, y contóle lo que había hablado con su hijo, e hiciéronlo saber al Infante, y díxolo al Emperador, y vino ahí luego. Y cuando oyó el pleito de su nieto y de la doncella, pagóse mucho de ello

y otorgólo. Y después contáronlo al Apostólico, y él tuvo por bien y confirmólo. Y luego se ayuntaron todos en uno mucho, alegres y con placer; y fuéronse derechamente por la tierra, y anduvieron tanto, hasta que llegaron a Acria, y posaron fuera de la villa por los prados, así que bien tenía la hueste tres lenguas; y comenzaron de armar tiendas y tendejones muy ricos, y en la ciudad posaron los altos hombres, y los de dentro recibieronlos bien, que no pudieron al hacer; y cuando el Emperador Carlos oyó hablar de las huestes de los griegos y del gran poder que el Emperador de Grecia traía, y que era ya entrado en su tierra y cómo estaba en la ciudad de Acria y en todas las fortalezas que pertenescían a la ciudad, y se entregaban, hubo ende muy gran pesar.

## CAPITULO XX

DE CÓMO BARUQUEL TOMÓ LICENCIA DEL INFANTE LUIS  
Y DE SU MADRE LA REINA SEVILLA Y FUÉ A VER SU  
MUJER Y A SUS HIJOS.

CUANDO el Infante Luis llegó a la ciudad y entró dentro y tomó todo cuanto tesoro ahí halló del Rey, y cuantos cestos halló de pan, y tomó de cuanto hubo menester para la hueste; y esto fué un día que era martes. Y luego vínole

a Baruquel en mientes de su mujer y de sus hijos, que había tiempo que los había desamparado en la ciudad de Manes, y comenzó a llorar fuertemente, y dixo:

—¡Ay, Dios, qué es de mi mujer y de mis hijos, que dexé pequeños tan gran tiempo ha, donde tengo gran cuita, y ahora no he en el mundo cosa porque los dexé de ir a ver, por saber cómo les va.

Y luego fué el Infante, y paróse ante él, y díxole:

—Señor, no os pese que quiero ir a ver mi mujer y mis hijos, que dexé pobres y pequeños en la ciudad de Manes, y mi casa, que he placer de la ver, y por Dios otorgádmelo que vaya allá.

Dixo el Infante:

—¡Ay, Baruquel; si te fueres, nunca habré alegría hasta que te vea yo venir y con salud, ca miedo he que te hagan mal los de las ciudades, que es mala gente!

Dixo Baruquel:

—Señor, no temas, que si no me toman el bordón, antes lo comprarán muy caro.

Y la Reina, que estaba ahí, se levantó muy espantada, y dixo:

—Baruquel, amigo, ¿dexarme queréis?

Y comenzó a llorar; y dixo él:

—Señora, no toméis pesar, que quiero ir a Manes por ver mi mujer y mis hijos qué se hicieron, que gran deseo he de vellos; que puede ser que son muertos o que mucho mal habrán pasado; y no sé cierto si son muertos o vivos.

Y dixo la Reina:

—Bien sé que todo lo hecistes por amor de mí; mas quiero que llevéis cuarenta marcos de plata y los mejores paños que yo tengo para vuestra mujer; y decidle de mi parte que si Dios me dexare tornar a mi honra y me diere gracia con mi señor el Rey, yo vos haré ricos y bien andantes.

Y dixo Baruquel:

—Señora, muchas gracias.

Y púsose luego en manera de romero, y tomó una esclavina y una esportilla y un gran bordón en su mano, y su capirote y su sombrero, que todo el rostro cobijaba; pero nunca olvidaba el haber ni los paños; y fuése su camino y fué a dormir a París. Y otro día en la mañana fué albergar a Manes, y a la noche entró en la villa, y fuése a su casa derecho, y vido estar a su mujer pobrementemente vestida, y decía al hijo mayor:

—¿Por qué vivimos tanto, pues perdimos a tu padre Baruquel que nos mantenía y curaba de nos, y ahora no tenemos quien nos mantenga?

Y diciendo esto, lloraba mucho de sus ojos.

Y cuando esto oyó Baruquel, comenzó a llorar de dolor, y llegóse a la puerta y dixo:

—Dueña, albergadme por Dios esta noche y haréis en ello gran limosna.

E la dueña le dixo que estaba muy triste y que se querría excusar de grado, porque no tenía de qué le hacer honra; y que estaba desconortada por su marido, que tanto tardaba,



Dixo Baruquel:

—Dueña, albergadme esta noche, que no sé dónde vaya.

Y la dueña, que había duelo dél, dixo:

—Entrad adelante.—Y comenzó a llorar, y díxole—: Vos seréis aquí mal albergado, mas ruego vos que roguéis a Dios que me dexé ver aína a Baruquel, mi marido, que yo tanto amaba, que tanto tiempo ha que de mí se partió, y nunca después lo vi, y pienso que es muerto; que él desamparó su casa y su asno, con que nos guarescía, y vínose para casa cargado de leña, y esta mañana lo llevaron a ganar para que comiésemos, y pésame que no tengo qué os dar.

Baruquel, cuando oyó hablar a su mujer estas palabras, tomóse a llorar debaxo de su capirote, y dixo:

—Dueña, ¿cómo habéis nombre?

Y le dixo:

—A mí dicen María, y quedáronme dos hijos de mi marido, y el mayor de ellos es ido al monte por leña, y acarrea con el asno que dexó su padre, y el otro es ido a pedir raciones por la villa.

Y en esto entró el mozo con el fardel del pan que había ganado.

Y cuando Baruquel lo vido, toda la sangre se le revolvió, y metió mano a la bolsa y dixo al mozo:

—Hijo, ¿sabrás mercar pan, y vino, y carne?

Y dixo el mozo que sí.

Y dióle luego dineros; y cuando tomó los dine-

ros, fué luego y compró lo que mandó; y mientras guisaban de comer, entró el otro hijo con su asno cargado de leña; y luego que lo vido, conoció que era su hijo, y lloró de placer; y cuando el asno oyó a su señor, comenzó a rebuznar en tal guisa, que bien podían entender que lo conocía; y fuése para su señor, que dél no lo podían quitar.

Y cuando esto vieron sus hijos, maravilláronse, porque su asno hacía aquello contra su huésped, y atáronlo a su pesebre, e hicieron poner la mesa.

Y Baruquel comió con su huésped, y los hijos comieron juntos; y Baruquel miraba a sus hijos y había alegría en su voluntad.

Y dixo el un hijo:

—¡Ay, Dios, cómo somos guaridos; qué buen pobre habemos hallado, que bien nos ha hartado de comer!

Y dixo al huésped:

—Señor palmero, no vos vades de aquí, mas quedad con nosotros.

Y como oyó esto el palmero, comenzó de llorar, de que la dueña se maravilló mucho.

Y después que hubieron comido, los mozos alzaron la mesa y pusieron de la leña en el fuego, por amor del buen huésped que tenían.

Y el palmero decía:

—¿Dónde yaceré esta noche?

Dixo la dueña:

—Vos yaceredes en un cabo de este hogar, y ter-

néis un saco de yuso, que no tengo otra cosa que os dar.

Dixo Baruquel:

—No sea así, mas acostémonos ambos de consuno, que no tengo mujer, y quiero vos dar cien sueldos, que vos serán muy buenos.

Y cuando esto oyó la mujer tornóse muy turbada, y miró a Baruquel muy sañuda y dió grandes voces, y dixo:

—Don romero rixoso y de puta, salí de mi casa; y si más aquí estáis, tanto vos daré de los palos que vos quebrantaré.

Y cuando vido Baruquel a su mujer sañuda, pues que la había tan bien probado, no se quiso más encubrir; y fuése contra ella, y tiróse su esclavina, y quedó en un rico sayo que tenía, y fué a abrazar a su mujer.

Y ella mirólo, y comenzóse a maravillar, y díxole:

—¿Quién sois? No me lo neguéis.

Dixo Baruquel:

—Dueña, yo soy vuestro marido, que vos tanto solíades amar, y vos ahora no me conoces; y esta noche, a las vísperas, cuando yo llegué, conocíome mi asno; como me oyó hablar, comenzó luego a rebuznar.

Y cuando la mujer lo conoció, toda la sangre del cuerpo se le revolvió, y fuélo abrazar de corazón; y Baruquel otrosí a ella, que no se podían hartar el uno del otro; y después comenzó abrazar

y besar sus hijos, y comenzaron a llorar con alegría que hubieron con él.

Y los hijos dixeron a Baruquel:

—Padre, bien seáis venido.

Y Baruquel comenzó a hablar con su mujer, y díxole:

—Amiga, de hoy más sed segura y alegre, que soy rico; que yo he ganado tal haber que seremos ricos.

Y luego le contó cómo halló a la Reina de Francia desamparada, y cómo fué con ella.

—Y a mí conviene de partir mañana para París por ver a los traidores que a mi señora mezclaron; y el Rey Carlos fué mal aconsejado.

Y dixo la mujer:

—El Señor os guíe y os guarde de mal.

Y luego se fueron a echar juntamente.

Y otro día de mañana levantóse Baruquel y vistióse su esclavina y tomó su bordón, y despidióse de su mujer y partióse para París.

CAPITULO XXI

DE CÓMO BARUQUEL FUÉ A PARÍS Y DE CÓMO LLEVÓ  
EL MEJOR CABALLO DEL REY DE FRANCIA PARA LO DAR  
A LUIS SU CRIADO.

VISTIÓ su esclavina Baruquel y tomó su bordón en la mano y comenzó de trotar, y llegó a París a hora de yantar; y entró por la ciudad y vido las gentes asomar por la ciudad, y vió armar por las huestes tiendas fuera de la villa en los campos. Y cuando Baruquel lo vido, comenzó a llorar, y dixo:

—¡Ay, Señor Jesucristo, que te dexaste prender y tomar muerte por los pecadores, salvar has a Carlos que se acuerde y tome su mujer como debe!

Y cuando Baruquel hubo comido en casa de un hombre donde posó, estaban allí los traidores, que Dios maldiga. Luego fué a la tienda, y vido estar muy grandes hombres y honrados, y estaba ahí el duque don Jaimes, que era hombre muy honrado.

Y dixo el Rey:

—Don Jaimes, consejadme, pues que ayunté aquí mis huestes, como vedes.

Dixo don Jaimes:

—Señor, yo vos daré mi consejo, si me quisié-

redes creer. Yo oí decir que vuestro hijo Luis es entrado en compañía con el Emperador Ricardo, señor de Grecia, que son acordados con el infante y el Almerique de Narbona y sus hijos, que son tan honrados y tan buenos; y creed que sería gran sin razón quien contra ello fuese; y sería muy gran daño de vos y de vuestros bienes y de vuestros hombres; mas recibid vuestra dueña y vuestra mujer, que no puede ser mejor; y Dios y el mundo vos lo ternía a bien.

Y dixo un traidor, que había nombre Maciones:

—Señor, el día que vos la tomáredes, seréis escarnecido, como tomaréis mujer que así ha andado abiltada de cuantos la quieren, que no hubo garzón que no hizo con ella su voluntad.

Y cuando esto oyó Baruquel no pudo tenerse que no hablase, y dixo:

—Don Garzón lisonjero, mentís, y si no fuese porque estáis delante del Emperador, tal golpe vos daría con este mi bordón, que lo sintiédes para siempre.

Y cuando esto oyó el Emperador, tomóse a reír, y Ogel otrosí, y cuantos ende estaban dixerón:

—¿Qué loco palmero es éste?

Dixo el Rey:

—Palmero, ¿dónde vienes?

Dixo Baruquel:

—Señor, yo vengo de Jerusalén, donde Dios fué muerto y vivo; y pasé por Borgoña y fuy de ahí robado de una gente mala que ende estaba; y era

tan grande la caballería, que después que en el mundo fué, nunca vi tanta gente, y son ya en Acria; esto hizo el Emperador Ricardo porque tiene ahí su hija y su nieto, que es muy bueno y muy valiente, y todos dicen que es vuestro hijo, y que por fuerza será Rey de Francia y que vos echaría de la tierra; y de mi consejo no lo atendáis vos aquí, ca el Infante viene muy fuerte, y dixo que de derecho debe heredar toda la tierra, y quiérese entregar en ella, aunque pese a quien pesare, o plega a quien pluguiere, que él será Rey de Francia coronado, y yo se lo vi jurar por todos los santos de Dios, y que si pudiese coger a los traidores que con vos están, quien a su madre hicieron echar de la tierra tan abiltadamente, que él tomaría venganza de ellos; por lo cual vos aconsejaría que os fuédeses antes que seáis presos o muertos.

Y cuando esto oyó el Rey, hubo muy gran pesar; y Baruquel no semejaba haber miedo ninguno; antes dixo grandes cosas al Rey del Infante Luis.

Y dixo el Rey:

—Palmero, ¿qué dicen las gentes que vernán adelante?

Dixo Baruquel:

—Así Dios haya parte en mí, que amenazaban mucho a los traidores de Francia; que si los tomasen en su poder, que no escaparan de ahorcados.

Y dixo Maciones:

—Señor, este palmero viene por esculcar; por tanto, mandadle sacar los ojos y ahorcar.

Y dixo el Rey:

—No haré; mas quiero oír estas nuevas.

Dixo:

—Palmero, ¿sabéis algún oficio?

Dixo Baruquel:

—Señor, corredor de conocer muy bien un caballo y un palafrén.

Dixo el Rey:

—Cierto, palmero, vos debéis ser muypreciado si así es como vos decís; y quiero que quedéis conmigo; hacer vos he merced. Yo he un caballo rucio, y es tan fuerte y tan fiero, que ningún hombre osa llegar a él sino yo y cuatro hombres que lo guardaban.

Entonces dixo Baruquel:

—Veámoslo.

Y mandó el Rey a los que lo guardaban que fuesen por él, y ellos enfrenáronlo y quitáronle las cadenas, y lleváronlo todos cuatro y descubijáronlo delante el Rey, y alzó la cabeza y comenzó a relinchar y soplar muy fuertemente; y todos juraban que nunca tal caballo habían visto.

E Baruquel comenzó a pensar.

—¡Ay, Dios, si te place que yo este caballo pueda llevar, y cabalgar en él, que no caiga, que no soy usado de cabalgar!

Y dixo el Rey:

—Don Jaimes, ¿vistes en vuestra vida tan buen caballo como éste?

Dixo que no.

Dixo Baruquel:

—Si el caballo está ensillado, yo veré luego su bondad.

El Rey mandólo luego ensillar, y Baruquel tiró la esclavina y puso el pie en el estribo, y cabalgó muy aína, y comenzóse de estremecer tanto, que hubiera de caer, pero túvose a las crines. Los caballeros que lo veían comenzaron a dar grandes voces, y Baruquel, aunque lo oía, no se le daba nada por ello; mas dixo entre sí que no sería así si a Dios pluguiese; y metió el bordón so el brazo derecho y con los zapatos grandes que tenía daba al caballo, y soltóle la rienda, y comenzó de correr por el prado, y vino para el Rey y dixo a altas voces:

—Rey: yo soy Baruquel de la barba luenga, y si yo a vos vine por esculcar, ahora me iré para vuestro hijo Luis y para la Reina Sevilla, vuestra mujer, que yo guardé a mal grado de los traidores que la hicieran desheredar a muy gran sin razón; y si a vuestra mujer no recibís, como debéis, Francia será destruída; mas como quiera que sea, este caballo llevaré conmigo.

Y luego hirió al caballo de los calcañares, y fuése su camino, y el Rey dió muy grandes voces, diciendo:

—Varones, id en pos dél, por amor de Dios, que

si pierdo mi caballo nunca habré alegría; y quien al palmero me tomare le daré cien marcos de plata en albricias.

Entonces cabalgaron escuderos y también el duque don Jaimes, y fueron en pos del palmero, el cual rogaba a Dios que lo guardase, e iba tan recio como un rayo.

Y el duque don Jaimes y otros muchos franceses que salieron iban preguntando a los caminantes si vieran un villano en un buen caballo corredor.

Dixeron los caminantes:

—Mal andante sea, que por aquí pasó como un rayo.

Y cuando el Rey llegó, que venía en pos dél, dixo:

—Varones, id en pos dél, que si me escapa, nunca otro tal caballo cobraré a mi pesar.

Y los caballeros cabalgaron, y Baruquel iba delante; y llegó a un monte y halló a su hijo en la carrera con un asno cargado de leña, y díxole:

—Hijo, saludame mucho a tu madre, que no tengo vagar de estar contigo, que viene tras mí el Rey Carlos.

Y desde lo vido el Rey Carlos de leños, díxole:

—No escaparás, don hi de puta, que no seas ahorcado.

Y Baruquel, que lo oyó, dixo:

—No será así, si a Dios place.

Y luego aguijó el caballo y se adelantó de ellos que era maravilla, y fuése para una villa, y llegó

a hora de maitines. Y el Rey llegó al alba del día; y don Jaimes y otros muchos iban preguntando a los de la villa:

—¿Vistes pasar un villano encima de un buen caballo?

Y dixerón que no sabían parte ninguna.

## CAPITULO XXII

DE CÓMO BARUQUEL TRAJÓ EL CABALLO A LUIS, Y LE DIXO CÓMO EL REY DE FRANCIA Y MUCHOS DE SU HUESTE HABÍAN VENIDO TRAS ÉL.

**B**ARUQUEL anduvo tanto noche y día en el caballo hasta que llegó a Luis, y fué bien recibido, y presentóle el caballo, y dixo Baruel:

—Señor, tomad este caballo, que es el más maravilloso del mundo, que fué del Rey Carlos vuestro padre.

Y contóle cómo el Rey Carlos hiciera ayuntar sus huestes muy grandes en París.

—Y cuando el Rey me vido que llevaba su caballo, mandó venir su hueste en pos de mí, y él venía delante más bravo que un león; y podréislo hallar a siete leguas de aquí muy pequeñas.

Y dixo el Infante:

—Por Dios, ¿así corrió mi padre tras vos?

Dixo Baruel:

—Señor, sí.

Dixo el Infante:

—¿Qué gente trae? No me lo neguéis.

Y dixo Baruel:

—Señor, trae treinta mil caballeros, y los buenos vienen delante, y los otros vienen atrás, y muy bien los podéis prender si quisiéredes.

Cuando esto oyó el Infante, comenzó a dar grandes voces, diciendo:

—¡A las armas, caballeros, que yo quiero ir a prender a mi padre!

Y luego viérades griegos correr y acogerse a las armas, que no había quien se excusase. Y el Emperador fué luego armado entre los primeros, y cabalgó en su caballo; y don Almerique de Narbona, y Guillén corredor y todos los otros de la compañía de Luis, que eran bien cuarenta mil caballeros.

Y Baruel decía:

—A todos los podéis prender si queréis.

E cuando esto oyó el Infante, comenzó a dar grandes voces que fuesen en pos dél, y fueron su camino contra los franceses; e yendo así, dixo el Infante:

—¡Ay, Dios Señor, que el mundo heciste, y por Tu poder heciste que el mundo fuese poblado de gente! ¡Tú, Señor, da gracias a mi padre que reciba a mi madre, como debe!

Y así se fué la hueste esforzadamente.

E cuando esto vido el Rey Carlos, fuése muy espantado y muy desmayado. Y dixo el duque don Jaimes:

—A barato somos metidos; corrimos tras el romero y veis aquí los griegos a gran priesa, y Luis, vuestro hijo, es muy sañado por su madre que echastes fuera de su tierra, y con él viene Almerique de Narbona y otra mucha caballería, y el Emperador Ricardo, que vos desama mortalmente por su hija que dexastes y porque creístes a los traidores; ahora vuestra tierra es metida en gran cuita y en gran tormento, y seremos muertos o presos antes del sol puesto; y será muy gran derecho por la fe que debo a Dios; y más que estamos desamparados con solas espadas, y si no nos acogemos a algún castillo, nunca tal pérdida perdimos como ésta, ni cuando perdimos a Roldán ni a Oliveros.

Y dixo el Rey:

—Por buena fe no sé qué podamos hacer; que bien sé que el Emperador me desama mortalmente.

Y dixo el duque don Jaimes:

—No nos detengamos, ca el proverbio dice que más vale el mal huir.

Entonces se ayuntaron los franceses ante el Rey Carlos; pero no había quien miedo no hubiese de los griegos, que venían muy fuertes.

Y dixo el duque don Jaimes:

—Señor, oídme; aquí está un castillo muy bueno, que dicen Altafoja; y está siete leguas de aquí, en una montaña, que vos lo tuvistes cercado cuan-

do Galalón yacía dentro; y sabéis que hizo la traición cuando vendió a los doce Pares; y bien sabéis, señor, que gastastes de vuestros tesoros por lo poder haber, porque no hay hombre en el mundo que lo pueda ganar, sino por traición; y por eso vos lo digo, señor, que no se puede ende dar mejor consejo.

De esta manera habló el duque don Jaimes con el Rey, como habéis oído. Dixo el Rey Carlos:

—Por cierto, vos habláis bien, y así se debe hacer, y no se ha de tardar, porque la hueste de los griegos viene cerca.

Y los otros caballeros dixeron que decía bien. Y todos acordaron que así se hiciese.

Dixo el Rey Carlos:

—Vamos, pues, en el nombre de Dios, a Altafoja.

### CAPITULO XXIII

CÓMO EL INFANTE LUIS, CON SU HUESTE, ENCERRARON AL REY CARLOS EN EL CASTILLO DE ALTAFOJA Y PRENDIERON DE LOS TRAIADORES QUE ERAN CONTRA LA REINA SEVILLA.

**D**ICE la historia que tanto tardaron los franceses en estas hablas hasta que llegó la hueste de los griegos, tanto que los veían de ojo, y saltaron sus corredores, que serían hasta diez mil caballeros, mientras se recogían las otras

gentes de la hueste, y anduvieron tanto apriesa, hasta que alcanzaron a los franceses, y comenzaron a decir a muy grandes voces:

—¡Esperen los traidores de Francia que hicieron echar a la Reina Sevilla de su tierra; que si a Dios place que el Infante Luis los haya en su poder, no les bastará cuantas traiciones saben que no pierdan las cabezas; y si el Rey Carlos no quisiere recibir a la Reina, tal guerra le haremos, que no la pueda soportar!

Mas los franceses no curaban de responder; antes aguijaban los caballos cuanto más podían, tanto, que llegaron al castillo de Altafoja, y a la subida de la cuesta ya andaban los griegos con los franceses echando lanzas en ellos, que derribaron ciento y cuarenta caballeros de los que se quedaban atrás, porque no los podían llevar los caballos, que mucho les habían ahincado los griegos antes que se encerrasen en el castillo, y tomaron veinte y cinco caballeros, y dos de los traidores. Dice la historia que después que los franceses fueron encerrados en el castillo de Altafoja, que los griegos se tornaron para la hueste que venía cerca y presentaron los presos a la Reina Sevilla, y dixeron:

—Vedes aquí, señora, estos presos franceses, vasallos del Rey Carlos, si los conocéis.

Y dixo que conocía los dos, que eran los que ahincaban a la hacer quemar, y mandólos guardar, que no se fuesen hasta que el Infante Luis los oyese de derecho. Y luego fué aposentada la hueste ri-

bera de un río que estaba a media legua del castillo; y asentaron la tienda del Emperador en un buen llano cerca del agua, y la tienda del Apostólico de Roma a par del Infante, que lo amaba mucho; y tales eran las virtudes del Infante, que no había hombre en el mundo que no lo amase tener cerca de sí; y la tienda de la Reina cerca de la otra del Emperador; así que la Reina estaba en medio. Y así viérades a las otras gentes armar tiendas y tendejones, y cortar palos y ramos, y hacer chozas, y cortar leña para hacer hogueras en que guisasen de comer; y de las cortaduras hacían ramadas para los caballos.

#### CAPITULO XXIV

CÓMO EL INFANTE LUIS MANDÓ AHORCAR A JUSTIOR Y MACIÓN, Y CÓMO EL REY CARLOS ORDENÓ DE SALTEAR EL REAL DEL INFANTE.

**D**ESPUÉS de hecho esto, mandó el Infante hacer dos horcas y ponerlas en un cerro, y pusieron en ellas a los dos traidores que tomaron. Y el Infante decía que era muy bien que hubiesen su galardón de lo que hicieron; y después el Infante Luis mandó traer ante sí todos los presos, y díxoles:

—Señores, yo vos mando que vos vayáis para el



Rey Carlos, mi padre, que si yo pudiese, de grado me acompañaría con vosotros; y que roguéis al Rey, mi padre, que resciba a mi madre por mujer, que hará en ello virtud.

Y ellos dixerón que lo harían como él mandaba; y diéronle muchas gracias, y viniéronse para Altafoja. E cuando fueron ante el Rey Carlos, saludáronlo honradamente, y también saludaron al Duque don Jaimes y a otros caballeros que con él estaban; y el Duque don Jaimes y Ogel hablaron al Rey de parte del Infante Luis, su hijo, y dixerón su mandado:

—Señor, vuestro hijo Luis vos envía a decir que rescibáis a su madre por mujer, como debéis, y que haréis bien en ello; y el Apostólico, que es señor de la ley, vos lo ruega, y Almerique de Narbona con todos sus amigos. Sabed que Justior y Maciones, su hermano, son ahorcados, que el palmero los hizo matar, y dice que así hará a los traidores que mal buscaron a la Reina su señora.

Y dixo el Rey:

—¡Ay, Dios, cuánto mal me ha hecho este palmero maldito; mas no holgaré si dél no soy vengado!

Y luego llamó a don Jaimes y Ogel, y díxoies:

—Amigos, consejadme sobre esto.

Dixo el duque:

—Señor, yo vos lo diré: cuando anochechiere, nos saldremos fuera e iremos contra la hueste, y ellos

no se guardarán de nos y heriremos en ellos sin sospecha.

Y dixo el Rey:

—Otórgolo, siquiera porque prendamos al palmero que mi caballo llevó.

Y partiéronse de allí y fuéronse a armar los más que pudieron de la villa; y don Jaimes y don Ogel hicieron enlazar en los arzones de las sillas unos picos muy agudos.

## CAPITULO XXV

### DE CÓMO BARUQUEL FUÉ PRESO Y LO MANDÓ EL REY CARLOS AHORCAR.

CUANDO salieron de la villa descendieron de la montaña y llegaron adonde estaba la hueste de los griegos, y dieron en ellos sin sospecha, y comenzaron a llamar a altas voces a la seña del Rey Carlos, y los griegos, como estaban cenando, salieron presto, y los franceses acometieron muy reciamente; pero armáronse muy presto más de treinta mil griegos y fuéronse para los franceses. Y cuando esto vieron, comenzáronse de acoger al castillo de Altafoja, porque vían que su fortaleza no les valía nada. Y adonde se acogían, hallaron a Baruquel, que andaba en un caballo de Alemaña que le habían dado, y saliera con el Infante, y habíase per-

dido dél y fuése por otro camino, a tanto que Baruquel se encontró con don Ogel, y luego que lo vido alzó su bordón por le dar, mas desvióse del golpe y echóse mano por la barba, que traía luenga, como griego, y tomóse so el brazo, y comenzóle de apretar, así que lo desapoderó del caballo; y Baruquel comenzó a dar grandes voces y a decir:

—¡Santa María, si me llevan al castillo, muerto soy!

Y el Infante, que lo oyó, comenzó a correr contra aquella parte, mas no lo alcanzó, que don Ogel no había sabor de lo dexar, y toda vía lo llevó al castillo. El Infante, desde que no lo pudo haber, tornóse a la hueste; mas grande miedo había el Infante de Baruquel que lo matarían. El Rey estaba en Altafoja atendiendo, y llegó Ogel y llevó a Baruquel ante el Rey, y dióselo; y los franceses llegaron a él y dixeron:

—¡Buen viejo es éste?

Y levantóse Alormes en pie, uno de los traidores, hermano de Galalón, y dixo:

—Señor, para el cuerpo de Dios, éste es el que huyó en el caballo del campo de París; hacedle sacar los ojos y ahorcar.

Y cuando esto oyó Baruquel, comenzólo de mirar muy fieramente, y alzó la cabeza y apretó los dientes, y dió con él en tierra a pies del Rey Carlos, y dixo:

—¡Tírate de aquí, rixoso maldito, que por tu linaje fué echada la Reina mi señora de su tierra;

mas si vos a las manos de Luis venís, no vos guarescerá todo el haber del mundo que vos no ahorque.

Y cuando esto oyó el Rey, que estaba de mal corazón, dió voces diciendo:

—Prendedle y ahorcadle.

Yprehendieron a Baruquel, y atáronle las manos, y pusieronle un paño ante los ojos; y luego pusieron una horca encima de la villa al pie del castillo, por que lo viesen de allá los griegos. Hecha la horca, mandaron traer a Baruquel; y cuando se vido cerca de la horca, comenzó a llorar, y dixo:

—¡Oh, Señor Dios, habé merced de mi ánima, que el cuerpo llegado ha a la fin! ¡Ay, Infante Luis, Dios ponga paz entre tu padre y ti, y le ponga en corazón que reciba a tu madre, que es la más noble dueña del mundo! Esto sé yo bien, que la guardé ante que a vos pariese; bien esperaba yo otro galardón de mi trabajo.

Y pusieron una escalera para lo subir a la horca; y llegaron ende don Jaimes y don Ogel, y dixéronle:

—Palmero, mucho erraste contra el Rey en llevarle el caballo, y serás por eso ahorcado.

Baruquel dixo:

—Señor, habed merced de mí y decir vos he la verdad, así Dios me salve.

Y don Jaimes hizo que no lo ahorcasen, y dixo:

—Palmero, decid lo que habéis pensado.

Y dixo:

—Señor, a mí llaman Baruquel y soy de Manes; y desamparé mi mujer y hijos por guardar y ser-

vir a la Reina Sevilla; ca yo la hallé aquella mañana en el monte, cuando Macaire, el traidor, la quiso escarnecer y mató a Auberin, que la defendía; y después la he servido y guardado, y he criado al Infante Luis, y por estos servicios había de haber mejor galardón que éste que el Rey Carlos me manda dar.

Cuando esto oyó don Jaimes, plúgole mucho, y llamó a Ogel, y díxole:

—Sabed que Dios ha placer que los traidores que hicieron mal a la Reina sean destruídos; llega acá y veréis lo que dice este palmero.

Entonces dixo don Jaimes al palmero:

—Amigo, decid la verdad y no me la neguéis: ¿el Infante que decís y su madre está aquí en la hueste?

Dixo Baruquel:

—Así me salve Dios, que allí está con el Emperador y el Apostólico, y como yo digo la verdad que guardé a la Reina y la serví y crié al Infante Luis, así me libre Dios de traidores.

Y dixo don Jaimes:

—Así me valga Dios, vos merecéis buen galardón si es como decís; e yo iré a ver a la Reina, mi señora, que cuanto tengo porné por su servicio.

Y sacó la espada, y dixo a los que lo querían ahorcar que lo dexaxen, que si no los mataría; y luego lo dexaron. Y don Jaimes le hizo desatar el paño de los ojos, y los traidores se fueron a que-  
rellar al Rey del duque don Jaimes y don Ogel,

que les habían tomado el palmero. Y el Rey los envió a llamar, y díxoles:

—¿Por qué no dexaste ahorcar aquel ladrón?

Y don Jaimes dixo:

—Señor, yo vos lo diré.

El Rey respondió:

—No lo quiero oír; y sabed que por la mañana será ahorcado.

Y llamó a Galud y a Guillermo, que eran traidores. Llegados que fueron ante el Rey, mandóles dar a Baruquel para que lo guardasen bien, si no que los haría ahorcar; y ellos lo tomaron y apri-  
sionaron muy fuertemente.

## CAPITULO XXVI

DEL GRAN SENTIMIENTO QUE HUBO EL INFANTE LUIS  
PORQUE ESTABA PRESO BARUQUEL Y DE CÓMO GUIOMAR,  
EL LADRÓN, LE SACÓ DE LA PRISIÓN.

**D**ICE la historia que después que los franceses llevaron a Baruquel y se encerraron en el castillo, que los griegos pusieron sus guardas y sentáronse a cenar; mas el Infante don Luis no quería comer, mas lloraba y hacía gran duelo por Baruquel; y el Apostólico y el Emperador vinieron a él por lo conortar, y dixéronle:

—Amigo, no curéis de hacer tanto duelo, que

Dios puede librar a Baruquel, que vos tanto amáis.

Dixo el Infante:

—Señores, sabed que si mi padre mata a Baruquel, que en todos los días de mi vida estaré alegre.

Y Guiomar, el ladrón, que vido llorar al Infante, hubo gran duelo de él, y díxole:

—¿Qué habéis, el mi señor? Decid lo que vos place, que yo lo haré de grado.

El Infante dixo:

—Amigo, yo vos quiero bien, y por eso no vos negaré la verdad. Sabed que anoche prendieron a Baruquel y lo llevaron al castillo, y creo que lo ahorcarán.

Dixo Guiomar:

—Señor, no temáis; que yo vos lo traeré vivo y sano ante de medio día; ca yo sé un tal encantamiento con que lo saque sin daño.

El Infante dixo:

Si vos esto hacéis, yo os lo agradeceré en cuanto yo viva.

Y entonces Guiomar comenzó a hacer sus carátulas, de guisa que los que allí estaban eran muy maravillados.

Dixo el Infante:

—Guiomar, vete, pues, luego al castillo.

Entonces dixo Guiomar:

—Antes que de allá vuelva, haré que maten más de cinco mil; y si quieres, bien puedo hacer que se maten unos con otros, y que los de vuestra hues-

te no hayan menester de pelear, y así, seríades vengado de vuestros enemigos.

El Infante dixo:

—No me haréis servicio en hacer morir así las gentes; mas dexaldas, y cada juzgue cómo habrá cometido a mi señora la Reina.

Y el Apostólico le dixo que no lo hiciese, que tal podría morir, que sería gran daño; mas que no hiciese otra cosa ninguna que traer a Baruquel, y si alguna cosa hiciese en que hubiese pecado, que él lo absolvía y lo perdonaba, por el poder que Dios le había otorgado. E luego se partió Guiomar para el castillo; y encima del muro estaba un velador que tañía un cuerno; y cuando vido a Guiomar dió grandes voces, diciendo:

—¿Quién anda ahí?—y lanzó una piedra.

E cuando Guiomar esto vido, hubo temor, y tiróse a fuera, y comenzó a hacer sus encantamientos, en guisa que luego el velador fué adormido. E Guiomar fuése a la puerta del castillo y sacó un poco de unguento que había tal virtud, que en tocando a una cerradura luego se abría la puerta; y entró dentro y fuése para el palacio donde el Rey Carlos estaba con sus caballeros; y puso la mano en la puerta, y dixo sus conjuros, y abrióse, y como quier que el palacio estaba muy claro con las antorchas que dentro ardían, luego fué oscuro, y vido Guiomar diez caballeros que estaban armados y con las espadas en las manos que guardaban la puerta del palacio del Rey. Y díxoles Guiomar tales pala-

bras de conjuraciones, que luego cayeron en tierra unos sobre otros; y entró Guiomar y anduvo por el palacio, y vido que todos dormían con las palabras que él había dicho, y tomó una antorcha encendida en la mano, y aunque estaban los monteros y ballesteros y otros caballeros grandes, nunca lo vieron ni sintieron, ca todos dormían. Y anduvo por todo el palacio con la lumbré en la mano buscando a Baruquel, y cuando no lo pudo hallar, juró que pornía fuego al castillo por que todos ardiesen; y después fuése de cámara en cámara buscando a Baruquel, hasta que halló que lo guardaban doce caballeros armados, pero hízolos dormir Guiomar, y si quisiera cortarles las cabezas antes que recordaran, lo hiciera. Y Baruquel estaba en medio de ellos con las esposas a las manos, y una cadena gruesa a la garganta y grandes hierros a los pies. Y como quier que Baruquel había velado mucho con el temor que había, durmióse con la tristeza que tenía. E desque Guiomar llegó a él, soltólo y díxole que fuese en pos dél. Y Baruquel se maravilló desque lo vido, y díxole:

—Señor, hablad quedo, porque no se despierten los que duermen; si no, muertos somos.

Y Guiomar dixo:

—No temáis, que no recordarán hasta el alba; y aviso vos que por cosa que veades no hayades temor ni vos espantéis.

Y Baruquel dixo:

—Señor Guiomar, vamos de aquí, que el corazón me tiembla de miedo.

Y respondió Guiomar:

—Mal corazón tenéis para ladrón; mas pues tanto miedo habéis, quedad cerca de este pilar, y yo quiero ir a ver al Rey Carlos.

Y Baruquel dixo:

—Encomiendo vos al diablo; para el cuerpo de señor Sant Leonis, vos buscáis cómo nos maten.

Y Guiomar le dixo:

—No temáis.

Y fuése luego con su antorcha en la mano, y desque llegó al lecho do estaba el Rey, descubrióle el rostro por lo ver mejor, y desque lo vido, dixo:

—En verdad, hermoso rostro es éste de Rey, y creo que, si las huestes le ayuntasen, habría gran daño; que este Rey no se querrá dexar vencer.

Y desque lo bien cató, cobijólo bien, como antes estaba; y tomóle la espada que tenía a la cabecera, que había nombre Giosa, y no se hallaba par si no fuese Durandal, y cuando la tomó dixo en su corazón contra el Rey:

—Que vos plega o no, esta espada llevaré para el Infante, vuestro hijo.

Y vínose para Baruquel, y hallólo de hinojos rogando a Dios que no despertase el Rey Carlos ni los otros que con él eran. Y Guiomar dixo:

—Pensé que más esfuerzo teníades, Baruquel; según veo, no vos querría por compañero para escudriñar un castillo.

Y Baruquel dixo:

—Amigo, piensa cómo vamos de aquí, y dexa de hablar estas cosas.

Entonces salieron fuera de la puerta del castillo, y anduvieron hasta que llegaron a la hueste. E cuando los vido el Infante don Luis, que los estaba esperando, dió de espuelas al caballo y fué a abrazar a Baruquel, y dióle paz diciendo:

—Loado sea Dios que os libró. Ahora comeré y me hará pro; que después que os prendieron, nunca más comí; y vamos a ver a mi señora y al Apostólico y al Emperador, mi señor, y alegrarse han cuantos vos vean.

Y Guiomar dió la espada al Infante, diciendo:

—Señor, tomad esta espada que ha nombre Giosa y es la mejor que en el mundo hay; y creed que cuando la halle menos el Rey Carlos, vuestro padre, que habrá gran desplacer por ella.

Y el Infante tomó la espada y dió la suya a Guiomar, y díxole:

—Vos me habéis echado gran cargo en librar a Baruquel; y si vivo, yo vos daré a sentir el amor que yo vos tengo.

## CAPITULO XXVII

DE LA ALEGRÍA QUE HUBO EL INFANTE LUIS PORQUE ERA SUELTO BARUQUEL DE LA PRISIÓN, Y DE CÓMO EL REY CARLOS ENVIÓ POR SOCORRO A PARÍS Y AL DUQUE DE LOMBARDÍA.

**D**ICE la historia que, después que fué venido el día, se levantó el Infante don Luis y hizo levantar y armar a todos sus caballeros, y cabalgaron e hicieron grandes alegrías porque Dios había librado a Baruquel; y al ruido que ellos hacían recordaron los franceses, y cuando vieron abierta la puerta del castillo, dieron grandes voces, diciendo:

—Armas, caballeros, que vencidos somos.

Y oyendo estas voces el Rey, luego fué en pie, y quiso tomar su espada y no la halló; y preguntó a don Jaimes y a los otros caballeros que allí estaban por su espada, y ellos dixeron:

—Nunca, señor, la vimos más dende que vuestra Alteza la puso a la cabecera.

E los caballeros que tenían preso a Baruquel, desde recordaron y no lo hallaron, fueron espantados y dixéronlo al Rey; y cuando el Rey lo oyó hubo gran pesar. En esto los griegos lo vinieron a cercar; y cuando el Rey se vido cercado, envió

luego mensajeros a París. Llegados los mensajeros a París, don Jaimes y don Ogel iban por las calles diciendo:

—¡Varones, vía fuera, y socorred al Rey Carlos, que está cercado en Altafoja, si no, bien se puede perder!

Y después que fué apellidada la tierra de París, partieron para Lombardía el Duque don Jaimes y don Ogel, por traer al Duque de Lombardía en su poder para socorro del Rey. Y luego el Duque don Jaimes y don Ogel no cesaron de andar hasta que llegaron a Coma, y hallaron ahí al Duque de Lombardía, el cual los rescibió bien y les demandó que a qué venían. Y dixeron cómo el Rey Carlos estaba cercado en Altafoja, y que lo tenía cercado el Emperador Ricardo con gran hueste, y luego partiese con su poder para socorrer al Rey Carlos. Y el Duque, cuando esto oyó, comenzó a llorar fuertemente, y dixo:

—Por cierto, el Rey Carlos lo erró mucho con echar a la Reina tan deshonradamente por consejo de traidores; en ninguna manera no moveré mi gente para contra el Infante Luis, ca es mi señor; ante le entiendo pedir merced y servir.

Y don Ogel dixo:

—Señor, por ninguna cosa no dexéis de ir allá y socorrer al Rey nuestro señor, y desdeque allí seáis, rogarle heis que resciba a su mujer la Reina, y así, vernán los hechos en paz.

Y dixo el Duque:

—Yo allá iré; mas si el Rey porfiase en esta demanda, quitar me he fuera, que Dios no querrá que sea contra el Infante Luis.

Entonces el Duque hizo llegar su gente y ayuntó catorce mil de caballo y muchos peones, y partieron de Coma y anduvieron hasta que llegaron cerca de Altafoja. Y cuando el Rey Carlos los vido, plúgole mucho, y fuése para ellos con la gente que tenía, y la gente dixo a altas voces:

—¡Viva el Rey Carlos!

Luego asentaron su real. Cuando los griegos oyeron las voces, creyeron que era llegado el poder del Rey Carlos y armáronse prestamente, y fueron contra los franceses, y ellos contra ellos; y juntas las huestes, hubo muchos muertos de ambas partes, y si no los partiera la noche, hubiera más daño. Y desdeque fueron recogidos cada uno en su real, fué el Apostólico a ver al Rey Carlos, y puso treguas por esa noche entre las huestes, y volvióse para la hueste de los griegos.

CAPITULO XXVIII

CÓMO SE HICIERON LAS PACES Y EL REY CARLOS RESCIBIÓ A LA REINA SEVILLA, SU MUJER, Y LA TORNÓ EN LA HONRA PRIMERA.

CESADA la batalla por aquella noche, otro día, de mañana, Baruquel vido ir al Rey Carlos, y dixo al Infante Luis:

—Señor, vedes allí a vuestro padre; conocedlo, si por ventura encontráredes con él en la batalla.

El Infante dió de las espuelas al caballo; y desque llegó ante el Rey, apeóse, y puestos los hinojos en tierra, dixo:

—Señor, por amor de aquel que en la Cruz murió por salvar su pueblo, vos plega de recibir a mi señora madre, pues que es vuestra mujer; la cual fué desterrada sin razón, porque yo entiendo que en el mundo no se puede hallar mejor dueña que ella y tan noble.

El Rey, cuando vido a su hijo y lo oyó así hablar, tomóse a llorar y volvió la rienda, que no le podía hablar; y el Infante tornóse para su hueste.

Aquella noche las huestes holgaron en paz, y otro día, de mañana, levantóse al Apostólico, y después que dixo Misa, hizo llamar al Emperador y a la Reina, su hija, y al Infante Luis, y díxoles:

—Amigos: creo que el Rey Carlos ha gran poder, y si por armas quisiéredes librar este hecho, seguirse ha gran daño; y si quisiéredes seguir mi consejo, creo que se librara este pleito mejor; y es que todos los varones de nuestra hueste vayan desnudos en pañetes los hinojos en tierra, y que todas las hembras vayan con ellos desnudas hasta la cinta, cubiertas con sus velos; y desque lleguen al real del Rey Carlos, todos a una vos digan:

—Señor rey, derecho demandamos; por merced vos pedimos que recibáis a vuestra mujer, en lo cual haréis servicio a Dios y a nos mucha merced; y cuando el Rey Carlos viere esta gente así ir, e oyere tal clamor, no puede ser que no haya piedad, y creo que éste es buen consejo.

Entonces dixo el Emperador:

—Señor, parésceme que es bien lo que vos decís; pero hagámoslo saber a los altos hombres que son con nosotros.

Y luego hicieron llamar a los altos hombres de la hueste de los griegos que viniesen a consejo a la tienda del Apostólico; y desque fueron llegados, dixéronles lo que habían acordado, y ellos tuviéronlo por bien; y luego, hicieron pregonar por toda la hueste que se aparejasen luego para ir a pedir merced al Rey Carlos, en la manera susodicha. Y cuando Baruquel vió a la Reina desnuda hasta la cinta, comenzóse a mesar y hacer gran llanto, que maravilla era. Y ordenáronlo de tal manera, que el Apostólico, y el Emperador, y la Reina, y el In-



fante fuesen en la delantera, y todos los otros en pos de ellos. Y cuando el Rey Carlos los vido así venir, maravillóse mucho, y dixo:

—¿Qué piensa esta gente que así veo venir?

Y don Jaimes dixo:

—Creo, señor, que vos vienen a pedir perdón y merced; y debéis se la otorgar, que asaz es honor vuestro que tan valerosos hombres como el Apostólico, y el Emperador, y vuestro hijo con tan gran hueste vos pidan merced.

Estando en esta habla, dieron una gran voz al Rey Carlos. Y como el Rey vido a su mujer estar de hinojos ante sí, cubrióla con su manto y levántola de tierra y besóla llorando, y dixo:

—Yo vos debo vengar de los traidores que vos mezclaron.

Y desque vido a su hijo, llamóle, y abrazóle, y besóle; y cató a Baruquel, que estaba cerca dél, y dixo:

—¿Quién es aquel viejo que tanto pesar me ha hecho?

Y el Infante le dixo:

—Vos, señor, le debéis hacer mucha honra, ca él halló a mi madre desamparada en el monte aquella madrugada que Dios la guardó del traidor de Macaire, y con dolor que de ella hubo, desamparó su mujer y sus hijos, y su casa y su hacienda, y acompañóla y sirvióla toda la vía, así preñada como parida, y si no por él, quince años que mi señora estuvo enferma, muriera; y él trabajaba con que

nos manteníamos, por lo cual le somos mucho obligados.

E cuando esto oyó el Rey Carlos, levantóse y fué abrazar a Baruquel, y besóle en el rostro, y dixo que le perdonaba los enojos que le había hecho, y que él galardonaría el trabajo que por su servicio había pasado. Y Baruquel dixo:

—Señor, Dios vos agradezca la buena voluntad que me mostráis.

Entonces todas las huestes dieron gracias al Rey Carlos porque había rescebido a su mujer; y luego el Rey llamó a don Jaimes y don Ogel, y a Galoer de Tolosa, y díxoles:

—Id y prender los traidores, y a Galalón, que tanta deshonra me buscaron; y hacédlos arrastrar a las colas de sus caballos, y después hacédlos ahorcar.

Y luego los buscaron y no hallaron más de cinco; y luego fueron justiciados; y después cabalgaron y anduvieron tanto, que llegaron hasta París; y los de la ciudad tenían emparamentadas las calles, y salieron todos los clérigos con las cruces en procesión y a rescebirlos honradamente; y los burgueses salieron con muchos trebejos alegremente, e hicieron grandes presentes a la Reina y al Infante Luis, y así entraron a vueltas franceses y griegos en París.

CAPITULO XXIX

DE CÓMO EL INFANTE DON LUIS SE CASÓ, Y DE LAS MERCEDES QUE HIZO A BARUQUEL Y A LOS OTROS QUE SE LAS MERESCÍAN.

**G**RANDES alegrías se hicieron en París por la paz que era hecha entre franceses y griegos, y porque el Rey Carlos había rescebido a su mujer, y porque casó el Infante don Luis. El Almerique de Narbona conoció que era buen tiempo mientras el Apostólico estaba con el Emperador Ricardo de pedir por merced al Rey Carlos que otorgase el casamiento con su hijo Luis, que era desposado con su hija Blanca Flor; y ayuntó consigo a Salomón de Bretaña, y al Duque de Londres, y al Duque don Jaimes, y al buen Olumena, y al Conde don Morante, y a Guillermo de Tenga, y a los dos Almirantes Analte y Oriel de las Marchas. E fueron demandar merced al Rey que otorgase el casamiento. El Rey dixo que le placía, y luego partieron por traer a Blanca Flor; y desde que fué venida, hicieron luego las bodas muy honradamente; e hicieron pregonar que todos, así naturales como extranjeros, se ayuntasen con alegría a honrar las bodas del Infante don Luis y de Blanca

Flor. Y así fué hecho. Y después que los novios fueron velados y hubieron comido, el Infante tomó a Baruquel por la mano y presentóle a su padre, diciendo:

—Señor, presento vos este hombre que le hagáis merced, que bien lo sirvió en tierras extrañas.

El Rey dixo que lo rescebía por suyo y que lo hacía su mayordomo mayor, y le daba el castillo de Malete, de juro y de heredad, con todas sus aldeas.

Entonces Baruquel le besó la mano, y le dixo:

—Señor, Dios vos dé buen galardón por las mercedes que me hacéis, que ahora me habéis hecho de pobre, rico.

Y luego vino para el Emperador, y dixo:

—Señor, buena voluntad me tiene el Rey Carlos.

El Emperador le dixo:

—De eso me place a mí mucho, y yo vos quiero armar caballero.

Y Baruquel dixo:

—Como vuestra merced mandare.

Entonces mandó el Emperador a su mayordomo que lo aderezase de paños y de armas y caballo, y de todo lo que fuese menester a buen caballero, y luego fué hecho. Y otro día, de mañana, a vista de las huestes, lo armó caballero el Emperador, y presentaron a Baruquel muchas joyas ricas, y fueron hechas muchas alegrías por él. Y el Rey Carlos hizo poner a Baruquel mil marcos de oro en su libro cada año, e hiciéronle traer a su mujer y sus

hijos. Y cuando los vido la Reina, hízoles gran recibimiento. Y después llamó a Guiomar, y díxole:

—Amigo, tú me serviste bien; por ende, te quiero dar el galardón.

Y él respondió:

—Señor, Dios vos guarde y vos acreciente la vida.

Entonces el Infante hízolo su copero mayor, y casólo en alto lugar, y asentóle de partido cada un año seiscientos marcos de oro.

Pero la Reina Sevilla no olvidó a su buen huésped de Hungría, e invió por él con un mensajero bien avisado, el cual llevó cartas de la Reina Sevilla, y del Infante Luis, y de Baruquel para el Rey de Hungría, y para Josaran, y para su mujer.

Y desque Josaran leyó las cartas, holgó mucho, y aposentó al mensajero honradamente. Y después fué Josaran para el rey de Hungría, y díxole:

—Señor, vuestro ahijado Luis es recibido en Francia por Rey; enviávos a saludar, y a mí enviáme a decir que me vaya para Francia, y que me dará buen galardón por el servicio que le hice.

Y cuando el Rey esto oyó, tomóse a llorar, y dixo:

—Loado sea Dios por tantas maravillas como hace cada día; y vos, Josaran, no dejéis de ir allá y decidle que ruego a Dios que le dé su bendición; y que si algo de mí le cumple, que me hallará presto.

Y luego Josaran besó las manos al Rey y fuése

para su casa. Y otro día de mañana partió con su mujer e hijos, y con sus hombres, y anduvieron tanto, hasta que llegaron a París y pasaron cerca del alcázar. E cuando lo vido el Infante, fuése para él, y abrazóle, y besóle; y díxole:

—Huésped amigo, bien vengáis; ¿cómo os va?

Y Josaran respondió:

—Bien, loado sea Dios.

Entonces lo tomó por la mano y llevólo ante el Rey, su padre, y dixo:

—Señor, ved aquí a Josaran, mi buen amigo, en cuya casa nací, y quien me hizo bautizar, y es mi padrino, y en su casa yo y mi señora madre recibimos buenas obras.

Y dixo el Rey:

—Por eso debe haber buen galardón; y hágole mi repostero mayor, y otórgole cada año doscientos y cincuenta marcos de oro para él, y para sus hijos y cuantos dél vinieren.

Y Josaran besó las manos al Rey y a la Reina, y entró luego en el oficio de la repostería. E la Reina, cuando lo vido, hubo muy gran placer, y tomóle los hijos, y casólos en altos lugares.

Pasado todo esto, acordaron todos los altos hombres, y el Apostólico y el Emperador, de partirse para sus tierras, y despidiéronse del Rey Carlos y su mujer y su hijo y de los caballeros.

E cuando el Emperador Ricardo se despidió de su hija y de su nieto, todos habían más sabor de llorar que de hablar. Y, finalmente, se partió el Em-

perador, y el Rey Carlos quedó en París con muchos placeres. Y después de su vida, reinó su hijo don Luis en Francia, el cual fué muy buen Rey y señor, y mantuvo la tierra en paz y en justicia.

DEO GRACIAS

EN BURGOS, EN CASA DE JUAN DE JUNTA.  
AÑO MDLI

INDICE

	Págs.
Prólogo... ..	V
Portada en facsímile... ..	3
Capítulo I.—De cómo vino un enano muy fiero a la Corte del Rey Carlo Magno, y el Rey lo rescibió por suyo.	5
— II.—De cómo el enano requirió de amores a la Reina Sevilla, y ella de una puñada le quebró tres dientes... ..	6
— III.—De la traición que pensó y hizo el enano para vengarse de la Reina.	9
— IV.—Cómo el Rey mandó quemar a la Reina Sevilla por consejo de los traidores... ..	10
— V.—De cómo el enano fué quemado, y la Reina Sevilla desterrada del Reino, porque estaba preñada...	13
— VI.—Cómo el traidor Macaire fué en pos de la Reina y mató al caballero que con ella iba, y de cómo la Reina huyó por el monte...	17
— VII.—De lo que hizo el perro de Auberin por la muerte de su señor, y de cómo la Reina Sevilla encontró con un villano llamado Baruquel, y de las razones que hubieron en uno... ..	21

		Págs.
Capítulo	VIII.—De cómo la Reina y Baruquel llegaron a la villa de Videuniz... ..	26
—	IX.—De cómo el perro de Auberin de Mondiser descubrió la muerte de su señor... ..	29
—	X.—Cómo el cuerpo de Auberin fué llevado a París honradamente, y de cómo el perro de Auberin, en el campo, venció a Macaire, por donde se descubrió la traición... ..	34
—	XI.—De cómo parió la Reina Sevilla un hijo y fué su padrino el Rey de Hungría... ..	48
—	XII.—Cómo el Rey de Hungría mandó que mostrasen a Luis, su ahijado, en todas buenas maneras que pertenezcan a caballero, y de cómo una hija de su huésped le requirió de casamiento... ..	52
—	XIII.—Cómo ordenaron su partida Baruquel y la Reina con Luis, su hijo, y cómo fueron salteados doce ladrones... ..	55
—	XIV.—Cómo Guiomar, el ladrón, los llevó a una ermita a do estaba un ermitaño, que era tío de la Reina Sevilla... ..	60
—	XV.—Cómo enviaron a Guiomar, el ladrón, que les traxese de comer.	64
—	XVI.—De la cuita y hambre que pasaron la Reina, y su hijo, y Baruquel.	68
—	XVII.—De cómo Guiomar les traxo de comer y holgaron mucho, y cómo el ermitaño descubrió a Luis cómo era hijo del Rey de Francia.	70
—	XVIII.—De cómo fueron al Padre Sancto, y el Padre Sancto, con ellos, fueron a Constantinopla al Empe-	

		Págs.
	rador, y el Emperador ayuntó su hueste y fué a hacer guerra al Rey de Francia, su yerno... ..	73
Capítulo	XIX.—De la batalla que hubieron el Emperador y Luis, su nieto, con don Almerique, duque de Narbona... ..	77
—	XX.—De cómo Baruquel tomó licencia del Infante Luis y de su madre la Reina Sevilla y fué a ver su mujer y a sus hijos... ..	79
—	XXI.—De cómo Baruquel fué a París y de cómo llevó el mejor caballo del Rey de Francia para lo dar a Luis su criado... ..	86
—	XXII.—De cómo Baruquel trajo el caballo a Luis, y le dixo cómo el Rey de Francia y muchos de su hueste habían venido tras él... ..	92
—	XXIII.—Cómo el Infante Luis, con su hueste, encerraron al Rey Carlos en el castillo de Altafoja y prendieron de los traidores que eran contra la Reina Sevilla... ..	95
—	XXIV.—Cómo el Infante Luis mandó ahorcar a Justior y Mación, y cómo el Rey Carlos ordenó de saltar el real del Infante... ..	97
—	XXV.—De cómo Baruquel fué preso y lo mandó el Rey Carlos ahorcar... ..	99
—	XXVI.—Del gran sentimiento que hubo el Infante Luis porque estaba preso Baruquel y de cómo Guiomar, el ladrón, le sacó de la prisión... ..	103
—	XXVII.—De la alegría que hubo el Infante Luis porque era suelto Baruquel de la prisión, y de cómo el	

	Págs.
Rey Carlos envió por socorro a París y al duque de Lombardia.	109
Capítulo XXVIII.—Cómo se hicieron las paces y el Rey Carlos rescibió a la Reina Sevilla, su mujer, y la tornó en la honra primera... ..	112
— XXIX.—De cómo el Infante don Luis se casó, y de las mercedes que hizo a Baruquel y a los otros que se las merecían... ..	116
Colofón... ..	129

## LA ARCADIA

### ÁRCADES

- Sr. D. Vicente Castañeda.*  
» *D. Félix de Llanos y Torriglia.*  
» *Duque de Alba.*  
» *D. Pedro Sáinz Rodríguez.*  
» *Conde de Atarés.*  
» *Duque de Maura.*  
» *D. Agustín G. de Amezúa y Mayo.*  
» *Marqués de Aledo.*  
» *Duque de Montellano.*  
» *D. Gregorio Marañón y Posadillo.*